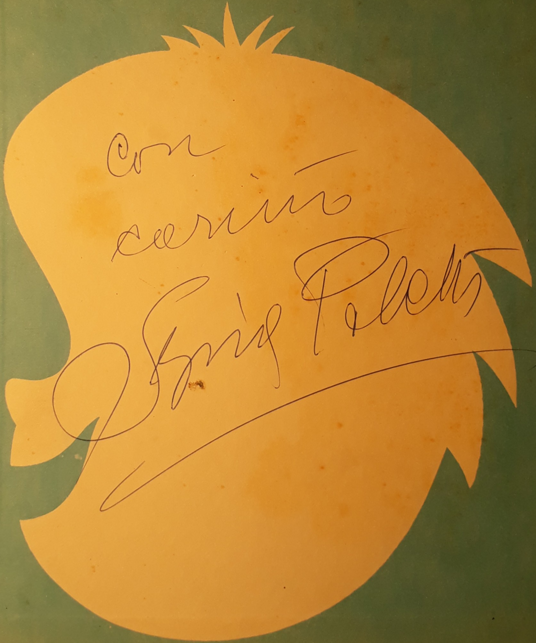
SYRIA POLETTI

REPORTAJES SUPERSONICOS

EDITORIAL SIGMAR - BUENOS AIRES



Con cariño

SYRIA POLETTI

REPORTAJES SUPERSONICOS

Ilustraciones de VILAR

EDITORIAL SIGMAR - BUENOS AIRES

A Luigina, que me sopló estos reportajes cuando no pude regalarle el patio.

© 1972 Editorial Sigmar S. A., Buenos Aires. Impreso en la Argentina. Printed in Argentina. Hecho el depósito que marca la ley. Prohibida la reproducción total o parcial.

¡ATENCION: LILIN LLAMANDO!

Lilín tiene cinco años. Vive en Buenos Aires en una cálle sin árboles y con muchos semáforos. Tiene dos tortugas, un gato, un canario y un oso de felpa con un solo brazo. El papá y la mamá trabajan y a veces Lilín acompaña a la tía periodista e inventora de cuentos a hacerles reportajes a la gente.

Se van con un aparato que graba todo lo que uno dice. La tía, con el micrófono en la mano, les hace preguntas a señores importantes, sin que nadie le diga: "Pero, ¡señorita! ¡Basta! ¡Ya nos tiene cansados con tantos por qué esto y por qué aquello!" Lástima que las preguntas de la tía no sean interesantes como un cuento. Y que las respuestas a veces hagan bostezar.

Por eso una tarde Lilín le dijo a la tía:

—¡A mí también me gustaría tener un micrófono para hacer reportajes! Pero, ¡a gente divertida! A un buzo, por ejemplo. O a un barco . . . ¡O a Papá Noel! ¡O a la jirafita que acaba de nacer en el zoológico! Y también me gustaría tener una televisión con las cámaras adentro y los cables en el suelo. Y los hombres que andan sobre sillas voladoras. Y el camión que sale a la calle cuando hay incendios. Y con un circo también. Y con una señorita que baila danzas españolas y dice ¡Olé!

—Bueno —cortó la tía—. Pero ahora dime qué regalo quieres para tu cumpleaños.

—Quiero un patio de verdad verdadera.

—¿¿Cómo un patio??

—Sí, ¡un patio! Un patio con árboles, con flores, con mariposas, con bichitos de luz, con arena, con pasto y con gusanitos . . .

—¡Pero, Lilín! ¡Siempre me pides regalos imposibles! Un día me pediste la luna con el enchufe para encenderla; después, una estación planetaria para monos. Y después los peces con su lago. Pero, ¡entonces, eras chiquita! Ahora vas a cumplir cinco años. Pídeme un triciclo, un monopatín, una guitarra . . .

—Pero, tía, si es un regalo, ¡tiene que ser un regalo! ¡Y yo quiero un patio para jugar! Y para correr, como en el zoológico. Un patio con muchos monitos que saltan y que comen bananas. Y con un perrito. Y también con un caballo. ¡Ah! Y con dos ardilli . . .

—Pero, Lilín: ¿dónde quieres que pongamos el patio, si vivimos en un séptimo piso y en un departamento tan chico?

—¡Lo colgamos de la ventana!

—Si lo colgamos de la ventana, se cae a la calle.

—Entonces, ¡lo ponemos en la cocina! ¡Sí,

tía! ¡Porque yo quiero un patio chiquito! Un patio para poner el canario, las tortugas, el gato . . . Y el oso, pobrecito. ¡Y también un elefante! Y un tiburón. Y muchos, muchos patitos . . .

—Los patitos necesitan agua para nadar.

—Bueno, ¡regálame un patio con agua! Con mucha agua, como en la costanera. Y con un buzo. Y con un barco que se va lejos.

—Lilín: no somos ricos. No podemos comprar una casa con un patio y ni siquiera con terraza. Pídeme otra cosa. Algún juguete . . . .

—No, tía. ¡Yo quiero un patio! Un patio para poner un canal de televisión, así vienen todos los que yo quiero hacerles entrevistas: un astronauta . . . , Batman . . . , un delfín . . . ¡Sí, tía! ¡Regálame un patio con todo adentro para jugar y para hacer reportajes!

—Ya veo —dijo la tía—. Quieres un patio que sea como un mundo. Déjame pensar.

Y era una tía lindísima porque en los ojos tenía una lágrima que hacía din din, don don.

El día de su cumpleaños, apenas Lilín se despertó, vio muchos regalos a su alrededor. Sin embargo, corrió a la ventana, corrió a la cocina, se asomó a todos los vidrios y finalmente se quedó triste y desencantada. Y dijo:

—No me trajeron el patio con las plantas y las ardillitas como yo quería . . . Y ni siquiera un balcón con una macetita . . .

—Mira —explicó la tía—. No pudimos comprar un patio. Ese espacio es caro. Pero te regalamos un grabador azul, último modelo. Es supersónico. Y con él puedes grabar entrevistas a personajes visibles e invisibles: a todos los que están en el espacio. Es como un patio abierto.

—¡Ah! ¡Ya entiendo! —gritó Lilín, feliz—. Es como cuando tú te sientas ante la máquina para escribir un cuento y ves a los personajes de carne y hueso y de fantasía que nadie ve, pero que te cuentan todo lo que les pasó . . .

—Así es. Adivinaste —dijo la tía.

—¡Ah! ¡Estoy muy contentísima! Entonces, ¿quiere decir que con este grabador azul, todos los personajes que yo quiero me van a decir cosas lindas? ¿Y también las cosas de verdad verdadera?

—Exactamente. Basta con que aprendas a manejar bien los botones.

—¡Oh! ¡Eso ya lo sé! Entonces, ¡vamos en seguida a la costanera! Quiero hacerle un reportaje a un buzo. Yo seré . . . ¡Lilín —Sin— Patio! Lilín Sin Patio, la reporteajera supersónica que puede entrar en cualquier parte con carnet de . . . ¡supersónica!

HABLAN LOS HOMBRES DE LA LUNA

Desde que Lilín-Sin-Patio vio por televisión la película con el primer viaje de la Apolo XI y el descenso a la Luna de los astronautas, está ocupadísima. Los teléfonos no alcanzan. Los hilos se enredan entre el pelo de las muñecas y las ruedas del triciclo. Y el grabador no deja de funcionar con tantos reportajes a los astronautas, a los jefes de vuelo y a los buzos. Sentada ante su mesita de mimbre, armada de pizarrón y tizas de colores, dirige los vuelos interplanetarios tal como vio hacerlo a los hombres de la Torre de Control de Vuelo de Houston, los que comandan a la distancia, rodeados de aparatos técnicos, pantallas, mapas, fotografías, y un montón de asistentes.

—¡Ufa! ¡Nunca se puede hablar con la cápsula Once! —protesta Lilín—. ¡Siempre hay que llamar a Houston! Y desde su aparato, grita: "¡Houston! ¡Houston!" El oso, con su único brazo levantado, atiende el otro teléfono, el de la Cámara de Control de Houston, en Houstonville, la ciudad en la que nacen los cohetes interplanetarios.

Lilín posee también el "interfono" plástico, el que le permite comunicarse con varios personas a la vez, situadas en lugares distantísimos, así ella puede hablar con los técnicos de la estación de lanzamiento, con los médicos, con los comisarios y hasta con los astronautas. Su nave espacial favorita es la caja con las dos tortugas acopladas. La tortuga grande es la cápsula madre, o "mamá-canguro"; la tortuga chica es la capsulita, o "cangurito", el módulo lunar que debe separarse de la cápsula grande y aterrizar en la Luna. La Luna es el globo rojo atado a la pata de la cama. Y el gato es el cohete que debe empujar la cápsula grande para que dispare y comience a girar en órbita.

Un día ocurrió que el gato-cohete disparó la cápsula con demasiada violencia. Las tortugas sufrieron un desperfecto y cayeron juntas y sin paracaídas sobre el globo. El globo hizo ¡Pum! y estalló.

—¡Estalló la Luna! ¡Pronto! ¡Houston! —gritó Lilín apretando todos los botones de su aparato—. ¡Houston! ¡Mi cohete cayó en un cráter lunar! ¡Hay que ir a rescatarlo! ¡Cápsula Once! ¡Atentos!

—¡Aquí los astronautas de la Cápsula Once! —dijo del otro lado del hilo una voz con acento norteamericano— ¡Adelante!

—¡Soy la reportera satélite de Buenos Aires! Mi tortuga cayó a un cráter lunar. Hay que ir a rescatarla. Pero, antes, quiero hacerle un reportaje supersónico. ¿Cuánto hace que se fue a la Luna? ¿Fue para festejar su cumpleaños?

—Nos lanzamos por primera vez al espacio el 16 de julio de 1969 —contestó el Comandante Armstrong.

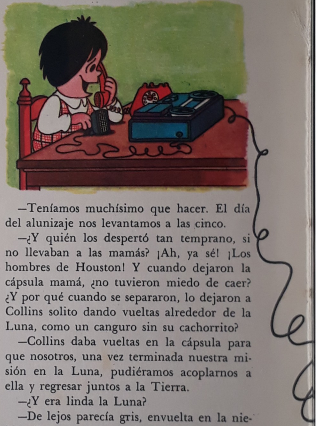
—¿No tenía miedo de las lluvias y de las tormentas, como Colón?

—Afuera de la atmósfera terrestre no hay lluvias.

—¡Ah! ¡Por eso no necesitaron paraguas! ¿Usted creía que en la Luna había indios como en América? ¿O parientes como en Europa?

—No sabíamos nada de la Luna, ni siquiera si podíamos establecer comunicaciones con la Tierra, o no. Pero hace muchísimos años, Julio Verne, ese gran narrador de historias, nos enseñó muchas cosas sobre los viajes a la Luna.

—¡Ya lo sé! Pero, ¡Julio Verne fue a la Luna en un globo, igual que yo! Y dígame, señor astronauta: ¿es muy incómodo el traje espacial? ¿Por qué dentro del traje no escondieron algún perrito? ¿O una monita?



—Teníamos muchísimo que hacer. El día del alunizaje nos levantamos a las cinco.

—¿Y quién los despertó tan temprano, si no llevaban a las mamás? ¡Ah, ya sé! ¡Los hombres de Houston! Y cuando dejaron la cápsula mamá, ¿no tuvieron miedo de caer? ¿Y por qué cuando se separaron, lo dejaron a Collins solito dando vueltas alrededor de la Luna, como un canguro sin su cachorrito?

—Collins daba vueltas en la cápsula para que nosotros, una vez terminada nuestra misión en la Luna, pudiéramos acoplarnos a ella y regresar juntos a la Tierra.

—¿Y era linda la Luna?

—De lejos parecía gris, envuelta en la niebla. Pero al acercarnos, cuando la vimos iluminada por la luz solar que recibe de la Tierra, era azulada y hermosísima.

—¡Ah, sí, porque aquí nosotros dejamos todas las luces encendidas! Y yo vi cuando ustedes bajaron despacito por la escalerilla y pusieron las banderas y todos esos aparatos. ¿No tuvieron miedo al ver que la Luna

estaba llena de agujeros? ¿Por eso caminaban dando saltitos, como si flotaran?

—¡Por eso tuvimos muchos cuidados! Y caminábamos como flotando porque en la Luna no se siente el peso de gravedad. Es como si uno volara.

—Pero, ¡sin plumas! ¿Y el peso de qué?

—De gravedad, como se siente el peso en la Tierra. Nuestra mochila, por ejemplo, con todos los instrumentos de trabajo, allí no pesaba casi nada.

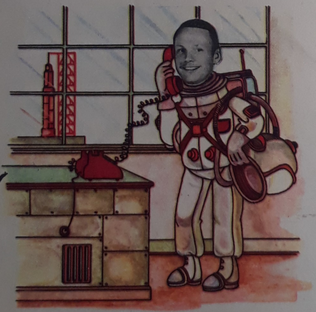
—¡Gracias a los duendes de la Luna, que son muy buenos! Pero, ¿por qué caminaban como los boxeadores? ¿O como los osos?

—Caminábamos inclinados para mantener el equilibrio.

—¿Y si se hubiesen caído?

—Nos habríamos levantado como hacen las tortugas: con un solo golpe de las manos y de los pies.

—¡Mis tortugas se levantan así cuando alunizan mal! Pero, ¡todavía no son astronautas! Comandante: si en la Luna hubiese habido animales feroces, ¿qué hubieran hecho ustedes? ¿Por qué no se llevaron a Tarzán?



—En la Luna no hay animales porque no hay vida.

—¿Ni siquiera mosquitos, ni hormiguitas chiquititas así? ¿Ni un . . . ciempiés?

—No; sólo hay peñascos, guijarros y una tierra negruzca y finita como ceniza.

—¡O como harina de chocolate! Pero, ¡que no se come! ¿Y tenían frío o calor?

—Estábamos muy bien porque nuestros trajes espaciales, con guantes aislantes, nos protegían perfectamente. Era muy agradable trabajar en ese vacío; no sentíamos fatiga, ni peso, ni cansancio.

—¿Y por qué no trajeron un poquito de ese vacío? ¿Y por qué no bajaron a ver que había dentro de los cráteres? ¿No había escalera mecánica? ¿Qué se veía? ¿Es verdad que ahí adentro están guardados los pedidos que los niños hicieron a la Luna?

—Es posible —dijo Armstrong—. A mí me hubiese gustado inspeccionar otras cosas, pero no podíamos alejarnos de los aparatos técnicos. Además, teníamos que recoger material.

—¿Y por qué trajeron tantas piedras y tanta tierra? Si yo me lleno los bolsillos con eso, ¡mi mamá se enoja y tira todo! ¿A ustedes, no? ¿Y por qué no trajeron ni una flor, ni una solita?

—Las flores no crecen en la Luna. Al faltar el agua, falta la vida. Trajimos ese material para que los hombres de ciencia puedan saber de qué está hecha la Luna.

—¡Bah! ¿Para qué? Total, ¡de chocolate no está hecha! No hay bichos de ninguna clase, ni pájaros, ni flores, ni chicos. ¡Ni árboles de frutillas! Ni ríos con pececitos de colores.

Entonces, ¿qué importa de qué está hecha la Luna?

—Conocer ese misterio, permitirá conocer otros. Y realizar otros viajes.

—¡Yo también voy a ser astronauta! Mi mamá sabe hacer trajes espaciales. Ya me hizo uno de Batman. Y cuando estaban en la Luna, ¿veían la Tierra? ¿Era linda?

—Cuando la vimos emerger del espacio como una esfera iluminada por el sol, nos emocionamos. Era hermosísima. ¡Espléndida!

—¿Y se veían Buenos Aires y el Obelisco?

—¡Oh, no! Nuestro vuelo parecía un viaje en cinerama. Fue maravilloso acercarnos a la Luna y verla cambiar de color. Y descender en ella, colocar las banderas, los aparatos . . . Pero lo más extraordinario fue cuando Aldrin y yo, al caminar sobre la superficie lunar, vimos que allí todas las cosas ¡iban cambiando de forma y color!

—¡Serían los duendes de la Luna! ¿Y por qué dejaron tantos aparatos si allí no había nadie que pudiese leer, ni jugar?

—Establecimos una estación para medir los rayos del sol. Así, desde aquí sabremos muchas cosas. Después, volvimos al módulo lunar, al cangurito, como tú lo llamas. Y en seguida nos quitamos la escafandra. Pero nos inquietamos porque percibimos olor a quemado.

—¡Se habría quemado la tortilla! ¿Quién cocinaba?

—Nadie. Comíamos alimentos ya preparados en bolsitas. Estábamos preocupados por nuestro aparato de control. Pero, tomé el mando y todo marchó bien. Despegar fue emocionante: ¡por fin el hombre había conquistado la Luna!

—¿Y las mujeres, no? ¡Yo también voy a ir a la Luna! Pero, con una escafandra más linda. Con minifalda. Y con un gatito. Pero ¡yo no voy a dejar a una astronauta dando vueltas solita por el espacio! ¿Y cómo hicieron para reunirse con Collins? ¿Estaba enojado?

—Fue difícil acoplar nuestra pequeña cápsula con la cápsula-madre en la que viajaba Collins. Superamos también ese peligro y pudimos regresar los tres a la Tierra.

—¿Y por qué cayeron en el mar, y de noche, con tantos tiburones que hay, en lugar de aterrizar en nuestro aeroparque? ¡Hubiésemos ido a esperarlos con flores y masitas!

—Una nave espacial no puede aterrizar como un avión. La cápsula cayó en el océano, pero en un lugar previsto, donde nos estaban esperando los buzos para entregarnos los trajes protectores y llevarnos en helicópteros hasta el buque que nos esperaba.

—¡Sí, ya sé! Y sé también que cuando ustedes abrieron la escotilla para salir de la cápsula, los buzos los salpicaron con yodo como en carnaval. ¿Qué clase de spray es ése? ¿Y por qué tardaron tanto en ponerse los trajes? ¿Por qué eran sumergibles?

—Fueron precauciones que debimos tomar para evitar enfermedades.

—Pero, ¡ustedes no podían estar con angina porque en la Luna no había nadie con gripe ni con tos! ¿Y por qué después los mandaron en penitencia cuarenta días?

—¡Qué penitencia! —rio el Comandante—. Nos pusieron en cuarentena para controlarnos mejor, para bien de todos.

—¡Está mal! Debían haberlos recibido en seguida, con flores, con música, con bombones. . . Cuando yo sea astronauta, ¡no voy a permitir que me pongan en cuarentena! Pero voy a caminar en punta de pies, así,

dando saltitos, porque ¡eso sí me gusta! Y cuando aterrice en la Luna, le voy a dedicar una canción a usted y a Aldrin. ¡Y a Collins le voy a regalar una guitarra para que vaya tocando mientras da vueltas por las órbitas!

—¡Okey! —dijo el Comandante—. ¿Quieres hablar con él?

—Ahora no puedo —respondió Lilín—. Tengo que conectarme con la estación Lunar Cráter 818.

—¿Qué se ha descubierto en esa estación? —preguntó el Comandante sobresaltado.

—¡Es un secreto espacial! Con mi radar, he descubierto que en ese hoyo vive el hombrecito de la Luna, el duendecito verde, chiquitito como un meñique.

—Yo no tuve el placer de encontrarlo —dijo el Comandante muy extrañado.

—Bueno, es el que guarda las poesías, las canciones y los cuentos sobre la Luna que inventaron los poetas de todo el mundo. Hay que comunicarle que debe seguir guardándolas requetebien. Es urgentísimo, Comandante, porque hay piratas espaciales que pueden destruirlas.

—Entendido —dijo Armstrong—. Si me necesitas para salvar esos tesoros, me llamas. Estaré a tu entera disposición, satélite Lilín.

—¡Hasta la Luna, mi Comandante! —saludó Lilín haciendo la venia. Y en seguida se comunicó con el Cráter 818. Pero ese reportaje no se grabó y quedó para siempre como uno de los grandes secretos espaciales entre Lilín-Sin-Patio y el viejísimo duende de la Luna.

LA HISTORIA DEL CHOCOLATE

Lilín-Sin-Patio se enfermó de sarampión. En esos días se puso muy caprichosa y quiso que la mamá le pusiera sobre la cama todas las muñecas de su colección. Y decía:

—Mamá. Cuando yo sane, ¡quiero kilos de chocolate! Chocolate blanco, negro, en barra, con leche, con almendras, con batata, con anchoas... ¡Y helados de chocolate! Y muchos bombones con guindas y licor adentro.

—Muy bien. Pero ahora toma el té —insistió la mamá antes de marcharse.

—¡El té! ¡A mí me gusta el chocolate! —le dijo Lilín a las muñecas—. El chocolate está en todas partes. ¡Cómo yo! ¡Y es lo mejor que hizo Europa!

—¿¿¿¿Europa???? ¿Cómo Europa? —preguntó una vocecita de niña con acento mexicano. Lilín miró a todas partes y no vio a nadie. Sin embargo, insistió en lo mismo:

—¡Sí, Europa!, porque cuando mi tía llegó de Europa, me trajo chocolate suizo, ¡que es lo mejor del mundo!

—¡El chocolate es americano! Y azteca, ¡igual que yo! —protestó Chimalca, la muñeca mexicana, la de largas trenzas y ancho sombrero, irguiéndose con orgullo. Y de los ojos renegros de Chimalca salían chispas, como a una auténtica niña mexicana—: ¡El chocolate es americano! —repitió—. ¡Fue un regalo de Quetzalcoatl, la Serpiente Emplumada! ¡Y para los aztecas!

—¡Yo también soy americana! —respondió Lilín—. ¡Pero no sabía que tú hablabas! ¡Y en mexicano! ¡Te voy a hacer un reportaje!

—He salido de mi mutismo porque dijiste una cosa muy grave —la retó Chimalca—. El árbol del cacao fue descubierto...

—¡Por Colón! —gritó Lilín.

—¡No! Fue descubierto por el rey Quetzalcoatl o Serpiente Emplumada. Y desde entonces, el cacao fue la bebida sagrada de los dioses y de los emperadores mayas y aztecas. El Emperador Moctezuma sólo tomaba chocolate servido en tazas de oro...

—¿Con churros o sin churros?

—¡En tazas de oro y cucharas de lagarto!

—¿Lagartos vivos o lagartos muertos?

Chimalca hizo un gesto de enojo.

—Bueno! ¡No te enojes, mexicanita! —rogó Lilín—. Mira: como todavía no soy diosa, ni emperadora, no pretendo que me sirvan en tazas de oro. Me conformo con que sean... ¡de chocolate! ¡Y también los lagartos de chocolate! Pero, dime: ¿cómo puede tener plumas una serpiente? ¡Nunca vi eso! ¿Y cómo puede inventar el chocolate? Contéstame aquí, Chimalca, ante el micrófono.

Y la mexicanita, la de los ojos chispeantes, se acercó al grabador azul y con voz temblorosa, grabó:

—Quetzalcoatl, rey y dios de los aztecas, era fuerte y silencioso como una serpiente y her-

moso como el Quetzal, esa ave americana bellísima, que sólo vive en libertad. Por eso Quetzalcoatl quiere decir "serpiente con plumas". El enseñó a los aztecas a rezar a su dios, a cultivar el maíz, a levantar casas perfumadas, a construir rápidas canoas y a encender el fuego.

—¡Claro! Si les enseñó a hacer fósforos, ¡también les enseñó a hacer chocolate! ¿No? —soltó Lilín.

—No es así. Quetzalcoatl quería descubrir una bebida que fuera también un alimento y que los indios pudiesen llevar consigo en largas marchas, cuando iban a la guerra, o en peregrinaje a los templos. Y fue a la selva para pensar y rezar. Allí construyó cuatro casas: una verde, hecha con ramas; otra rosa, hecha con corales; una blanca,

hecha con caracoles, y otra de mil colores, hecha con plumas brillantes.

—¡Yo también voy a hacer lo mismo!

—Luego Quetzalcoatl fue a la montaña y allí descubrió el oro, la plata y las piedras que guardan el color de las mariposas. Y cuando regresó a su pueblo, hizo construir templos con mosaicos de piedras preciosas. Y trajes para los sacerdotes hechos con plumas tornasoladas y alas de escarabajos. Pero no estaba conforme, porque no había descubierto la bebida para ofrecer a los dioses. Y una tarde, mientras estaba meditando a los pies de un árbol, no muy alto, cayó sobre su cabeza una baya, grande casi como un melón, pero de cáscara dura y oscura, como la del coco...

—¡Pobre Pájaro Enserpentado! ¡Qué chichón se habrá hecho! —interrumpió Lilín.

—Quetzalcoatl, muy sereno —siguió contando Chimalca—, abrió la baya y vio que adentro había cinco hileras de semillitas, parecidas a las almendras. Hizo secar al sol las semillitas y las molió. Hizo hervir ese polvo y así descubrió el chocolate, la bebida sagrada de los dioses.

—Yo le voy a decir a mi mamá: ¡el chocolate hace bien, porque es sagrado! Y si uno no lo inventa, ¡nos cae una baya sobre la cabeza! Pero, entonces, dime: el árbol del cacao, ¿es como un árbol de Navidad lleno de almendras?

—No. El árbol del cacao produce esas bayas, que son sus frutos, bien pegaditas al tronco. Se muelen las semillitas que están adentro y se obtiene el cacao en polvo. Cuando Quetzalcoatl lo descubrió, tomó tal cantidad que voló al cielo convertido en estrella luminosa. Desde entonces, el cacao fue la bebida de los emperadores aztecas: lo tomaban ataviados con trajes preciosos y coronas de plumas tornasoladas.

—¡Qué pena que ese árbol no crezca en la costanera! ¡Yo me pondría plumas de indio en la cabeza y comería bombones de chocolate como una emperadora!

—Entonces, ¡no sabes nada sobre la fabricación del chocolate! —la reprendió Chimalca ofendida.

—Y no, ¡porque la maestra no nos cuenta la historia de los bombones!

—Pero, ¿conoces la historia de Colón? ¿No es cierto?

—Sí —dijo Lilín—. El día de la Raza, Colón llegó a América y vio a muchos indios con plumas en la cabeza, y aves muy raras y árboles extraños y girasoles. Y creyó que los tomates eran manzanas...

—Entre las cosas maravillosas que Colón llevó a España en su viaje de regreso —explicó Chimalca— estaba la baya o el fruto del cacao. Lo llevó como una rareza porque las semillitas del cacao eran las monedas de los indios. Con ellas, compraban las cosas que necesitaban.

—¡Menos mal que en Buenos Aires no usamos semillas de cacao! ¡Ni de zapallo! ¡Tendríamos que llevar bolsas llenas! Y, tal vez, ¡para el subterráneo no servirían! Pero, ¿cómo hizo Colón para hacerles ver a los españoles cómo se toma el chocolate? ¿Se llevó también a Moctezuma con las tazas de oro y los lagartos vivos?

—No. Fue Hernán Cortés quien enseñó a los españoles a preparar el chocolate como los aztecas: con maíz molido, vainilla, canela y pimienta.

—¿Pimienta? ¡Eso sería para las visitas! ¿Y se llevaban todo eso?

—Sí, los barcos llevaban a Europa todas esas especias; pero el cacao valía más que el oro y la plata. Y los piratas capturaban los barcos para robar el cacao y después venderlo. Lo preferían a los diamantes.

—¡Yo también prefiero el chocolate a los diamantes! Pero, si viene un pirata con un

—¿Y las reinas no? ¡Qué injusticia más injusta! ¡Por eso vienen las revoluciones! Pero, ¿quién inventó el Huevo de Pascua con la paloma arriba? ¿El pájaro serpiente, Queat cuat que zal? Y el helado de chocolate, ¿también lo inventó él?

—No. Eso lo inventaron los venecianos,

ojo vendado a robar mi chocolate, le meto... ¡un tomate dentro del otro ojo!

—¿Y sabes —le reveló Chimalca— que en Francia y en Inglaterra sólo los reyes podían tomar chocolate?

pero mucho tiempo después. Todos estos inventos se hicieron después, cuando se instalaron las fábricas de chocolate. Entonces el cacao ya no se cultivaba sólo en México, sino también en Guatemala, en Brasil y, especialmente, en Africa.

—¡Ah! —estalló Lilín—. ¡Por eso los negritos son de color chocolate! ¡De tanto comer semillitas de cacao!

—Eso es lo que te va a pasar a ti —dijo la mamá entrando.

—¡Ojalá! —respondió Lilín—. Y desde hoy, ¡voy a tomar la bebida de los dioses con plumas en la cabeza!

Y Lilín besó a Chimalca por su lindo reportaje y le pidió a la mamá... chocolate para el té.

EL MISTERIO DE LA SALMONCITA

A Lilín-Sin-Patio le regalaron una pecera con pececitos de colores tan maravillosos que ella pasa horas hablándoles. Pero hay uno tan saltarín que hace cabriolas y saca la cabecita como si quisiera ir a jugar con las tortugas.

—¡Tonto! —le dice Lilín—. ¿No ves que las tortugas son terrestres y tú eres un acuático y no un marciano?

En uno de los intenton por salir, el pececito saltó tan alto que cayó afuera. Y si Lilín no lo hubiera echado rápidamente al agua, se hubiese asfixiado.

—¡Tonto! —volvió a decirle Lilín—. ¿No vez que no puedes respirar fuera del agua? ¡No tienes traje de astronauta! ¡Ni de buzo! ¡El oxígeno te hace mal! Tendrías que tener un traje de . . . ¡astroterrestre! Pero, ¿qué quieres? ¿Qué te haga un reportaje?

—¡Lo que quiero es que cambies el agua de mi pecera! —chilló el pececito medio sofocado—. ¡Siempre te olvidas! ¡Caramba!

—¿Y qué pasa si un día me olvido? ¡Yo no me cambio de aire todos los días!

—Pero, ¡tú abres la ventana y yo no!

—¡Nunca he visto peceras con ventanas! Ya te cambiaré el agua en seguida. Cómo la quieres, ¿fría o caliente?

—¡Quiero agua dulce y natural! Y quiero mi comida ¡y no la tuya! Ayer pusiste chocolate en mi agua. ¡Y casi me muero! ¡Y no me llenes los ojos de talco! ¡Por favor!

—¡No se puede ser amable contigo! Como no tienes toalla y siempre estás mojado, ¡te pongo talco para secarte! Pero ahora que yo sé que no eres mudo como un pez, te voy a hacer un reportaje. ¿Sabes si es verdad que en el mar hay sirenas?

—¡Nunca oí hablar de cosas semejantes!

—¡Y qué hacías en el mar? ¿Jugabas a la pelota con los delfines y las focas locas?

—¡Yo no estuve nunca en el mar! ¿No ves que soy un pez de agua dulce?

—¡Dulce porque yo cada tanto te pongo un terrón de azúcar! Pero, ¿por qué tienes la piel de color rosa salmón? ¿Porque tus papás fueron salmones?

—¡No! ¡Los salmones son muchísimo más grandes! Y los pescan para comerlos. ¡Es una lástima! ¡En ellos hay un misterio! Una vez una salmoncita me contó ¡cosas increíbles!

—¿Y cómo pudiste hablar con un pez de mar?

—¡En eso está el misterio! —dijo el pececito guiñando un ojo—. La salmoncita me contó que ellos nacen en lo más alto de los ríos, en las mismas fuentes de montaña en las que brotan las aguas. Y luego bajan y van a vivir en pleno océano. Y allí se casan.

—¿Nacen en los ríos que bajan de las montañas y se van hacia el mar solitos? ¿O con sus papás?

—Se van hacia el mar solitos y allí viven.

Pero cuando la señora del salmón quiere desovar, ¿sabes qué hace?

—¿Cómo lo voy a saber? ¡Mi mamá no compra salmonas que quieran desovar! ¿Cómo lo voy a saber?

—Cuando la hembra del salmón quiere depositar sus huevos para que nazcan los salmoncitos, recorre el océano en busca de las desembocaduras de los ríos. Allí olfatea las aguas, que son dulces y saladas, hasta que reconoce el olor de las de su río natal. Entonces, lo remonta, contra vientos y mareas, hasta llegar al lugar en el que nació.

—¿Y cómo sabe, si no tiene postales, ni mapas, ni radio vía satélite?

—Ese es el misterio que preocupó muchísimo a los hombres de ciencia norteamericanos y japoneses. Ellos se empeñaron en descubrir el secreto de los salmones.

—¡Yo también! Pero ¡los salmones no hablan porque son muy mudos!

—Verás. Un día los japoneses dijeron: ¡vamos a investigar este misterio! Subieron a un barco-laboratorio y se fueron a orillas de un río. Allí esperaron la llegada de las hembras de los salmones, las que iban a remontar su río para depositar allí sus huevos.

—Y los papás salmones ¿no estaban con ellas para defenderlas?

—No. Cuando los hombres de ciencia las vieron pasar, rapiditas y coleando, las siguieron. Ellos tenían un oscilador, un aparato que emite ondas supersónicas y sirve para detectar las salmoncitas siguiendo sus movimientos y saber cómo se orientan en sus rutas.

—¡Menos mal que los japoneses no inventaron aparatos con ondas supersónicas para saber dónde vamos nosotras! Si no, cada vez que una va a la heladera en busca de dulce de leche, ¡zápate!, ¡nos pescarían!

—¡Te diré que las señoras del salmón engañaban bastante a los hombres de ciencia!

—¡Muy bien! ¡Hay que felicitarlas!

—Sí, pero echaron unas redes y las cazaron. Les aplicaron una inyección de anestesia, les abrieron la boca y les hicieron tragar un oscilador supersónico.

—¡Qué horror! ¿Y ellas no gritaron? Pero, ¡no revelaron el secreto! ¿No es cierto? ¡Yo tampoco lo hubiese revelado! Hubiese roto el oscilador con los dientes. Así: ¡chum! ¡A mí no me van a poner ningún oscilador adentro!

—¡Espera que te cuente! Una vez que colocaron el oscilador en el estómago de las salmoncitas, las echaron otra vez al río y ellas empezaron a nadar de nuevo hacia arriba y con más rapidez que antes. Y los hombres de ciencia detrás de ellas.

—¿Ellos también nadando y con un oscilador en el estómago?

—¡Qué esperanza! Ellos las seguían desde su buque-laboratorio.

—¡Ah! ¡Qué vivos!

—Debajo del buque habían instalado un aparato receptor que captaba las señales que emitían los osciladores escondidos en el estómago de las salmoncitas.

—¡Ah! ¿Quiere decir que las salmoncitas, pobrecitas, llevaban adentro como unos bichitos de luz y los hombres malos podían seguirlas porque veían esas señales con sus aparatos?

—¡Claro! El radar instalado debajo del buque localizaba las salmoncitas.

—¿¿¿El radar???

—El radar es una onda que revela qué es lo que uno está haciendo aunque esté lejos. Y permite comunicarse a través de largas distancias.

—Entonces, ¡mi mamá también tiene radar! Siempre sabe lo que yo estoy haciendo aunque esté lejos. Pero, ¡no tiene oscilador! ¡Ni ve lo que hacen las salmoncitas!

—De ese modo se pudo comprobar que las salmonas remontaban los ríos para ir a desovar en el mismo lugar en el que nacieron.

—¡Muy bien! ¡Viva! Pero... ¿y sin ir al colegio saben todo eso las salmoncitas?

—Sí. ¿Viste? Además, las hembras del salmón fueron tan astutas que muchas veces engañaron a los investigadores dando vueltas y rodeos para despistarlos. Y a pesar de todo eso, cada una reencontró el lugar del río en el que había nacido. Es que ellas saben orientarse perfectamente, como lo hacen las golondrinas.

—Las golondrinas saben orientarse porque están en el cielo. ¡Y miran el sol!

—También las hembras del salmón se orientan por el sol.

—¡Debajo del agua no hay sol, nene!

—Pero ¡se orientan por la sombra que el sol echa sobre las aguas! Y además, ¡por las estrellas! ¡Son un misterio!

—Pero, si yo pesco una salmoncita y la tengo en la bañera con un poco de azúcar y un poco de sal, ¿cómo va a reencontrar su río si yo no la ayudo?

—¡Eso no sé! Lo que yo sé es que los salmones pueden nadar en agua dulce y en agua salada. Y que antes de emprender la marcha río arriba, nadan varias semanas en la desembocadura del río para acostumbrarse al cambio de aguas.

—¡Pero no los salmones! ¡Sólo las mamás salmonas, pobrecitas! ¡Y todo eso para tener hijitos! ¡Qué valientes! ¡Menos mal que a mi mamá no le pusieron osciladores supersónicos en la pancita! ¡Ni tuvo que nadar en aguas saladas, ni dulces tampoco!

—¡Hay otra cosa! Las salmonas nadan muchas semanas en las desembocaduras de los ríos también para olfatear las aguas y saber orientarse por el olor.

—Cuando yo estaba en el mar de Mar de Ajó, ¡no sentía ningún olor en el agua para orientarme si me perdía! O para ir a desovar.

—En cambio, ¡yo sí siento que esta agua ya no tiene hidrógeno y debes cambiarla! —protestó el pececito sabihondo y saltarín.

—¡Muy bien! La cambiaré. Pero tú no hagas tantos firuletes, ¡si no quieres que te ponga un oscilador supersónico en la pancita! —contestó Lilín. Y secó el grabador azul que el pececito había salpicado de agua.

EL CACIQUE DEL PALO BORRACHO

Para el 25 de Mayo Lilín-Sin-Patio se fue hacia la Plaza de Mayo para hacerle un reportaje a alguien que cumpliera años junto con la patria. ¿Quién podría ser? Está el Cabildo, pensó, pero sin patriotas en el balcón. Y la Pirámide de Mayo no habla. Unicamente las palomas . . . Pero tal vez las palomas de hoy no son las de 1810. Lo mejor era ir en busca de Anahí, la indiecita valiente y de voz muy dulce que vive en la Flor del Ceibo. Lilín era amiga de Anahí y conocía su historia. Sabía que era la primera Flor Nacional. Lo difícil era ubicarla, porque el teléfono de Anahí estaba siempre ocupado. Cuando Lilín llegó cerca del Obelisco, se enfrentó con un árbol de tronco muy abultado y con flores que cambiaban de tono: del rosa pálido pasaban al rojo sangre.

—¡Ah! —rio Lilín solita—. ¡El Palo Borracho! ¡A éste no se le puede preguntar nada! De tanto tomar vino, ¡hasta las flores le salen mareadas!

—¡Te equivocas, reportera! —la sorprendió una voz muy dulce que venía desde lo alto. Y de golpe, Lilín vio que cerca del Palo Borracho se levantaba un Ceibo con sus enormes flores rojas. En una de ellas, estaba sentadita Anahí, con su vincha y su arpa india.

—¡Hola, Anahí! —gritó Lilín— ¡Justamente te estaba buscando para desearte feliz cumpleaños y hacerte un reportaje!

—¡Encantada! —contestó Anahí con voz musical—. Pero yo creo que deberías hacérselo al Tailak o Palo Borracho, que es la segunda Flor Nacional.

—¡A los borrachos no se les puede hacer reportajes! —rio Lilín—. ¡Saldría todo con olor a vino! ¡Y muy movido!

—¡El Tailak es un gigante de la selva americana! ¡Y su historia es hermosa!

—¿Y por qué le dicen "palo" si es tan gordo? ¿Y por qué borracho si no guarda vino en la panza?

—Es cierto que su tronco parece un tonel de vino. O un enorme botellón. Peró su nombre es Tailak, como lo llaman los indios del Chaco, donde nació.

—¿Y por qué es tan panzudo? ¿Qué tiene adentro? ¿Brujos que bailan o duendes?

—Contiene agua. Los indios matacos decían que de ahí nacieron los peces.

—¡No lo creas, Anahí! ¡Las peceras son de vidrio y transparentes! Y hay que cambiarle el agua todos los días. ¿Y cómo puedes cambiarles el agua a los árboles?

—Si le hundes un hacha en el tronco, verás que salen gotitas de agua. Por eso su madera es muy blanca y liviana. Con ella los indios hacían tambores y cachiveos.

—¡Yo no le hundo ningún hacha! ¡El vigilante tocaría el silbato! Pero, ¿qué son los cachivaches de los indios?

—Los "cachiveos" son unas canoas muy largas y angostas que cuando surcan las aguas parecen esquíes acuáticos.

—¡Le voy a decir a mi papá que compre un árbol borracho para hacer esquíes acuáticos!

—¡No digas más "árbol borracho" al Tailak! Los matacos lo consideraban sagrado y a su alrededor bailaban la Danza del Fuego tocando el pi-ú pi-ú uuuuu, un tambor indio hecho con madera de este árbol, el que ellos llaman "el Arbol del Fuego".

—¿Por qué con las ramas hacían fogatas?

—¡Jamás! Fíjate que hermosa copa tiene el Tailak. ¡Pero lo increíble son sus vainas! De ellas caen unas semillas envueltas en copos de algodón y así, el árbol se cubre de filamentos blancos como nieve.

—¿Como un árbol de Navidad?

—Parecido. Pero con esos copos, los indios encendían las fogatas.

—Mi mamá no usa algodón para eso. ¿Y por qué los indios no lo usaban para curar lastimaduras?

—Lo usaban también para eso.

—¿Y por qué las flores están como mareadas? ¿Las mareó el sol o la lluvia?

—Porque simbolizan el amor de Tailak.

—¡Ah! ¡Tienes que contarme esa historia, indiecita! ¡Espera! Voy a enchufar el grabador al tomacorriente de tu árbol.

—Mejor voy a cantar esa historia —dijo Anahí— dejando el arpa por un pequeñísimo tambor. Y comenzó a cantar con voz tan musical que la gente se paraba boquiabierta, para escucharla. Y así cantó:

—A orillas del río Pilcomayo ¡Pum-Pum! vivía una tribu de indios trabajadores y pacíficos. Su cacique era justo y bueno. ¡Pum-Pum! Un día el cacique llamó a su hijo Tailak y le dijo: "El Dios Tupá me llama a su lado. Te dejo el mando de las tribus. Júra-

me que para ti el pueblo será siempre lo más importante". ¡Pum-Pum! "Sí, juro", dijo Tailak. Y el cacique murió contento. ¡Pum-Pum-Purumpum! El joven Tailak se convirtió en un cacique justo y valiente. Sus indios pescaban en el río y cultivaban el maíz. Tailak llegó a ser el jefe más querido por todos los indios de los alrededores. Y esto despertó la envidia de los otros caciques. ¡Pum-Pum! Un día los caciques enemigos formaron una coalición . . .

—¿Quién te enseñó una palabra tan difícil? —preguntó Lilín—. Pero la indiecita siguió cantando hamacándose sobre los pétalos de la flor. Lilín entendió que "coalición" debía significar unión mala entre unos cuantos.

—Los caciques complotados comenzaron la lucha contra las tribus de Tailak. ¡Pum-Pum! Tailak y sus indios resistieron con valentía y esto enfureció a los enemigos. ¡Pum-Pum! Y una noche, miles y miles de canoas llegaron silenciosamente hasta el tolderío de los matacos, mientras otros guerreros los rodearon por el lado de la selva. ¡Pum-Pum! Y, de golpe, hicieron oír sus gritos de guerra y avanzaron entre los matacos. ¡Pum-Pum! Tailak sorprendido en el sueño, reunió a sus guerreros y corrió hacia el río para rechazar a los invasores. Lucharon con tanto coraje que los pájaros y las flores aún recuerdan su valentía. Pero los enemigos eran muchísimos. ¡Pum-Pum! Entraron en el tolderío de los matacos como un huracán: destruyeron las chozas y se llevaron cautivas a las mujeres y a los niños. ¡Pum-Pum-Purumpum!

—¡Más fuerte! ¡Micrófono! —gritó la gente que se había aglomerado para escuchar a Anahí. Y eran tantos que la policía debió desviar el tránsito de automóviles hacia otro lado. Lilín acercó más el micrófono a la flor de Anahí. Así todos pudieron escuchar:

—Mientras Tailak seguía luchando junto al río, supo que los enemigos habían entrado al tolderío por el lado de la selva y oyó los gritos de quienes eran llevados prisioneros. ¡Pum-Pum! Comprendió entonces que todo estaba perdido. Los enemigos matarían a su pueblo. ¡Pum-Pum-Purumpum! Entonces pidió una tregua. Luego, solo y erguido como un árbol, se encaminó hacia el lugar en el que estaban reunidos los caciques enemigos. Y así les habló. ¡Pum-Pum! "¡Caciques! Habéis vencido en una lucha desigual e injusta. Yo sólo quiero salvar a mis indios y recuperar a los prisioneros, ¿Qué queréis a cambio de la vida de mi pueblo?" ¡Pum-Pum! "¡Tu vida, Tailak!", respondieron los caciques enemigos. ¡Pum-Pum-Purumpum! Y Tailak, el justo, el valiente, contestó: "Acepto. He aquí mi vida por la libertad de mis indios." ¡Pum-Pum-Purumpum!

—¡Viva Tailak! —gritó Lilín—. Pero, ¡nosotros lo vamos a salvar! ¡Ya vas a ver!

—¡Sssst! ¡Silencio! —chistaron los nerviosos y la indiecita siguió cantando:

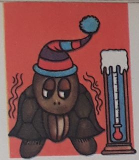
—Tailak, solo y majestuoso como un árbol, se dirigió a un claro de la selva y allí esperó que las flechas cayeran sobre él. ¡Pum-Pum! Sus compañeros de armas corrieron hacia él para defenderlo. ¡Pum-Pum! Fue entonces cuando él les dijo: "No tengáis miedo, matacos. Volved al tolderío. Yo seguiré siempre en la selva, junto a vosotros. Os acompañaré en las marchas; os daré las canoas; estaré con vosotros en el fuego, en las danzas y en la belleza de las flores". ¡Pum-Pum! Tocaron los tambores. ¡Pum-Pum! Y miles de flechas

cayeron sobre Tailak, firme sobre el suelo como un gigante. ¡Pum-Pum-Purumpum! Sus indios lloraban. Y de pronto, ya no vieron a su cacique. Tailak había desaparecido y en su lugar vieron elevarse un árbol jamás visto, de tronco abultado y ancha copa, en cuyas flores aparecía la sangre de Tailak. ¡Pum-Pum-Purumpum! Comprendieron que Tailak seguiría siempre con ellos: su ramaje les daría sombra durante las marchas; sus vainas, les darían el algodón para encender las fogatas; su gran tronco, una vez ahuecado, les daría los rápidos cachiveos para la pesca y los blancos tambores, los ¡pi-ú pi-ú uuuuu! ¡Pum-Pum! Y sus flores rosadas, de vetas rojas, recordarían el amor de Tailak por su pueblo. ¡Pum-Pum-Purumpum!

Todos aplaudieron emocionados. Y Lilín dijo:

—¡Es hermosa la historia de Tailak!

Todos querían felicitar a Anahí, pero la indiecita se ocultó otra vez entre los pétalos de su flor. Entonces, todos se pusieron una flor de Palo Borracho en el ojal y circularon. Lilín le dio un beso al tronco y se llevó a su casa el reportaje.



BUENAS NOCHES, TORTUGUITAS

Lilín-Sin-Patio buscaba su tortuga por todo el departamento, sin encontrarla. Ni el oso ni el gato la habían visto.

—Se habrá dormido —reflexionó la mamá.

—¿Sin despedirse? ¡No puede ser!

Y he ahí que cuando Lilín se dirigió a un pequeño mueble del pasillo para buscar sus botas, vio que por debajo del botinero sobresalía la cola de la tortuga.

—¿Dónde fuiste a meterte? —dijo Lilín sacándola de ese lugar que era el más oscuro y solitario de la casa. La tortuga bostezó e intentó volver hacia su escondrijo. —Pero, ¿por qué quieres meterte ahí debajo? —insistió Lilín con voz de mamá.

—Ya llegó el invierno —respondió la tortuga con un largo bostezo—. ¡Hace frío! Tú te abrigas muy bien, de día y de noche; pero yo no. Por eso me voy a dormir debajo de este mueble por cuatro o cinco meses. Adiós.

—¿Tanto vas a dormir? ¿Los sábados y los domingos también? No será porque ya no conseguimos lechuga, ¿verdad?

—No, no es eso. Sucede que al llegar el invierno algunos animales caemos en letargo . . .

—¿Letargo? ¡Espera que traigo el grabador! ¡Lo que estás diciendo es sensacional!

—Digo que al llegar el invierno, los animalitos que no tenemos pieles para protegernos de la nieve y de las heladas, nos dormimos hasta que vuelve la primavera.

—¡Pero esto es un fenómeno! ¡Yo nunca caigo en letargo hasta la primavera!

—¡Claro que es un fenómeno de la naturaleza! ¡La hibernación! Y son muchos los animales que al llegar el frío se refugian en sus madrigueras a hibernar. Se quedan allí inmóviles, dormidos como troncos, hasta que pasa el invierno.

—Pero, mi casa no es una madriguera, ¡tortuguita! ¡Y aquí no cae nieve ni hay heladas! ¡Hay calefacción! Y también televisión.

—¡Ya lo sé! A veces el calorcito me despierta un poco y creo que ya llegó la buena estación. ¡Y es un engaño!

—¡Tonta! ¿Por qué no miras el almanaque? Pero, digo yo, si aquí no hace frío y te tratamos bien, ¿por qué tienes que esconderte debajo del botinero por tanto tiempo? ¡Nadie te puso en penitencia, tortuguita!

—Obedecemos la ley del instinto.

—Yo también duermo por obedecer la ley de mi mamá. Pero, ¡no debajo de un botinero!

—Cuando el sueño nos vence, buscamos el refugio más solitario. También las marmotas hibernan. Y muchos otros bichos.

—¡Ya sé! ¡Por eso cuando una está medio dormida, le dicen marmota!

—¡La marmota es formidable! —protestó la tortuguita reanimándose—. ¡Fíjate en las excavaciones que hace debajo de la tierra! Primero excava un túnel larguísimo; luego una

or to-
Ni el
amá.
a un
r sus
o so-
n sa-
scuro
stezó
Pero,
insis-
tor-
Tú
pero
de
diós.
los
no
in-
...
lor!
ani-
ote-
or-

—¡Pero esto es un fenómeno! ¡Yo nunca caigo en letargo hasta la primavera!

inmóviles, dormidos como troncos, hasta que pasa el invierno.

—Pero, mi casa no es una madriguera, ¡tortuguita! ¡Y aquí no cae nieve ni hay heladas! ¡Hay calefacción! Y también televisión.

—¡Ya lo sé! A veces el calorcito me des-

tamos bien, ¿por qué tienes que esconderte debajo del botinero por tanto tiempo? ¡Nadie te puso en penitencia, tortuguita!

—Obedecemos la ley del instinto.

—Yo también duermo por obedecer la ley de mi mamá. Pero, ¡no debajo de un botinero!

—Cuando el sueño nos vence, buscamos el refugio más solitario. También las marmotas hibernan. Y muchos otros bichos.

—¡Ya sé! ¡Por eso cuando una está medio dormida, le dicen marmota!

—¡La marmota es formidable! —protestó la tortuguita reanimándose—. ¡Fíjate en las excavaciones que hace debajo de la tierra! Primero excava un túnel larguísimo; luego una

galería y después una habitación. Y todo porque ahí, a un metro de profundidad, la temperatura es linda: cinco grados bajo cero, aunque la superficie esté cubierta de nieve.

—¿Y cómo hace la marmota para saber eso? ¿Tiene termómetro? Digo, barómetro ¿o escuchan el boletín meteorológico? Entonces, ¡no son tan marmotas!

—¡Claro! Apenas las marmotas sienten sueño, descienden por el túnel, cruzan la galería, llegan a la habitación, cabecean un rato y caen hechas un ovillo. Se ponen frías e insensibles. Parecen muertas. Pero, gracias a este fenómeno, sobrevivimos. ¡Será hasta pronto!

—Está bien para las marmotas, pobrecitas, que viven donde cae la nieve. Pero, ¡tú caes en letargo de puro caprichosa! ¡No quieres dar el brazo, digo la patita, a torcer!

—¡No creas! Si vas por ahí y le haces un reportaje a un lirón, o un erizo, ¡ya verás!

—¿También los erizos se mandan esa siestita? Y cuando duermen ¿meten hacia adentro todos esos pelos pinchudos que tienen?

—¡Claro! Se hacen como una pelotita toda pinchuda. ¡Tendrías que hacerles un reportaje a los tejones! ¡Son unos ingenieros!

—¡Yo nunca vi tejones ingenieros! ¡E ingenieros tejones tampoco!

—Le dicen "ingeniero" al tejón porque excava túneles hasta en los cerros y en las piedras de granito y siempre está mejorando la madriguera en la que nació. La guardan para sus hijos y sus nietos, a lo largo de los siglos.

—¡Mi papá también pinta las paredes todos los siglos!

—Pero el tejón prefiere construir su vivienda en el bosque. Allí cava y cava hasta penetrar en las raíces de los árboles. Y ahí, bajo tierra, construyen sus madrigueras que tienen puerta de entrada y puerta de salida.

—¿Para qué puerta de salida?

—Suponte que mientras el tejón está hibernando, caiga un árbol y tape la puerta de entrada. ¿Qué hace el pobre tejón?

—¡Llama a los bomberos!

—¡Ah, no! Para eso el tejón tiene prevista una salida de emergencia, como en los cines.

—Nosotros también tenemos puerta de entrada y puerta de servicio. Pero, ¡no nos caen árboles encima! ¡Ni semáforos tampoco! ¿Y qué hace el tejón si le caen árboles? Y cuando despierta, en esa cuevita tan oscura, ¿cómo recuerda adónde están las salidas?

—¡Oh, sabe! ¡A veces es capaz de roer troncos de árboles gigantescos para salir!

—Yo no sé roer, pero mi gato sí y cuando quiere salir rasguña la puerta. Pero no cae en letargo. Y mi oso tampoco.

—¿Qué no? ¡Hay osos que hibernan metidos en los hoyos de los árboles! Y hay serpientes que al caer en letargo se enconden entre las ramas secas.

—Y si una pasa por ahí y, sin verlas, las toca, ¿pican y echan veneno lo mismo?

—No, porque cuando estamos aletargados, no hacemos ningún movimiento. No sentimos nada. Hay sapos y ranas que hibernan cubiertos de barro sin sentir frío.

—¿Y quiénes despiertan a las ranas para que empiecen a . . . croar?

—¡La primavera! Los primeros en despertar son los cangrejos. Ellos hibernan bajo la arena de la playa.

—¿Y qué hacen en los días feos y nublados? ¿qué comen mientras hibernan?

—No necesitamos comer ni beber. Seguimos respirando y la sangre sigue circulando porque vamos consumiendo las reservas de grasa que tenemos guardadas.

—¿Y dónde están tus reservas de grasa? ¿Y no juegan? ¿Y no crecen tampoco?

—Todo parece paralizado. Pero no es así. Es un descanso de la naturaleza.

—¿Y por qué conmigo la naturaleza no descansa? ¡A mí no me dejan hibernar ningún día! ¡Que hay que levantarse! ¡Hay que bañarse! ¡Hay que tomar el desayuno! ¿Por qué?

—¡No sé! Pero sé que hay animales que hibernan en los lechos de los ríos o en el fondo del mar. Las tortugas acuáticas, por ejemplo, mis primas hermanas.

—¡Cierto! ¿Y cómo se dan cuenta, debajo del agua, que llegó la primavera?

—Porque también las aguas se ponen tibiecitas. Y si no nos despertáramos, ¡moriríamos! En cambio, cuando salimos del letargo, nos sentimos como nuevas. ¡Nuevitas!

—¡Yo también! Pero, ¿es cierto que ustedes, las tortuguitas terrestres, van a colocar sus huevos en la arena de las playas como las tortugas gigantes?

—Nosotras somos tortugas de ciudad y nos arreglamos como podemos, porque nos obligan a cambiar nuestras costumbres, como tú lo estás haciendo ahora. Bueno, me muero de sueño . . . —bostezó la tortuga tapándose la boca con la patita—. ¡Hasta la nueva primavera!

—¡No te duermas tortuguita! ¡No seas testaruda! —dijo Lilín—. ¡Es aburrido hibernar tanto! ¡El gato te va creer una pelota y te va a hacer rodar! ¡Aquí hay calefacción! Y yo te pongo música. ¡Y están los canarios! Ellos no hibernan. Y yo tampoco. Y te vamos a hacer compañía . . .

La tortuguita no respondió. Caminó unos pasitos más, le mandó un beso a Lilín con la manito delantera, husmeó el aire, cabeceó y se quedó profundamente dormida. Lilín la tomó en sus manos: el animalito parecía realmente insensible. Lilín observó la caparazón: vio un anillito más, es decir, un año más de cuando había llegado. La colocó en una cajita celeste, acolchada con papel de seda. Le dio un beso en la nariz y la dejó debajo del mueble.

—¡Buena hibernación, tortuguita! —le dijo, un poco triste—. ¡Yo te pondré un despertador para cuando llegue la primavera! ¡Y gracias por el reportaje!

EL DUENDE DEL TAMBOR

A Lilín-Sin-Patio le regalaron un tambor muy bonito y le dijeron que no lo golpeara fuerte para no romperlo. Desde entonces, Lilín golpea el tambor despacito, fuerte, más fuerte y fortísimo. Se lo coloca alrededor del cuello, como si fuera un medallón y se marcha con él a la guerra, tocando a todo lo que da. Pero un día oyó unos golpecitos que salían de adentro del tambor. Y luego unos chillidos, como de protesta.

—¿Qué pasa? —preguntó Lilín. Y con enorme sorpresa, vio que a través de un agujerito, salía del tambor un hombre chiquitísimo, vestido de rojo, con una faja dorada cruzándole el pecho. El hombrecito, que sostenía un tambor más chico que un grano de café, agitaba los brazos, enojadísimo.

—¿Quién eres? —le preguntó Lilín, azorada, que sabía que a los personajes no se le puede decir: "quién sos".

—¿Y no ves? ¡Soy un duende!

—¡Los duendes son verdes y viven en los bosques! —respondió Lilín—. ¡Por eso no te reconocí!

—¡Los duendes estamos en todas partes! ¡Para eso somos duendes! ¡Rataplán! —dijo el hombrecito con un golpe de tambor—. Yo soy el duende del tambor y vivo dentro de este planeta. Pero, ¡tú no me dejas tranquilo!

—Pero ¡yo no sabía que estabas viviendo dentro de mi tambor! Es un planetario muy chico, ¡duendecito! Y sin patio, sin ascensor . . . ¡Y sin portero eléctrico!

—¿Para qué quiero portero eléctrico si tú golpeas contra las paredes todo el día? Además, ¡yo no puedo vivir fuera de mi casa!

—Entonces, ¡eres como las tortugas! ¡Llevas tu casa a cuestas, duendecito!

—El tambor es mi mundo. Vivo en él desde siempre. ¡Rataplán!

—Yo también vivo en el mundo desde siempre. Pero, ¡el tambor es mío! Me lo regalaron a mí, sin decirme que venía con sorpresas, como el huevo de Pascuas. Pero, tú, ¿qué comes? ¿Hojas de lechuga, como las tortugas?

—¡Los duendes vivimos del sol! Y del aire . . . de la luz . . . , ¡de la música!

—¡Qué lindo! Eso le voy a decir a mi ma-

má cuando insiste para que tome la sopa. Pero, ¿cómo puedes vivir del sol y todas esas cosas, si dentro del tambor no hay luz, ni aire acondicionado, ni tocadiscos?

—Los duendes llevamos adentro esas cosas. ¡Nacimos de la sonrisa de Dios!

—Bueno, pero, ¿qué hacías encerrado ahí, en lugar de estar jugando en el bosque o bajo de la tierra, como los otros duendes?

—Cumplía con mi trabajo de duende del tambor: acompañar y alegrar a la gente. ¿No conoces la historia de mi vida?

—¡Ah! ¡Entonces sabías que soy reportera! ¡Soy famosa! Espera: Voy a hacerte un reportaje de verdad y de cuento.

Y Lilín puso en marcha su grabador azul, pero cuando quiso acercar el micrófono al hombrecito vestido de rojo, lo vio . . . convertido en ¡negrito! Ahora era un niño africano medio desnudo, del tamaño de un dedo pulgar y él también llevaba un tambor.

—¿Qué pasó? —preguntó Lilín incrédula—. ¿Dónde está el hombrecito del tambor?

—¡Soy yo! ¡Rataplán! —dijo riendo el Negrito. ¿No ves que los duendes podemos cambiar de forma? ¡Así era yo cuando nací, porque el tambor nació en Africa! ¡Rataplán!

—¿En la selva donde rugen los leones?

—¡En la selva! Y te voy a contar como fue. Cuando Dios creo a los hombres los hizo de color blanco, amarillo y cobre. Pero cuando creo a los hombres de color negro, se puso tan contento que batió palmas. Hizo así: ¡Pum! Y así surgió el tambor. ¡El primer instrumento! Lo inventó Dios al golpear las manos. Pero en ese entonces los hombres no sabían cazar ni criar animales y los negros hicieron los primeros tambores con arcilla y arena. ¡Y yo me metí adentro!

—Entonces, ¡te enterraste vivo Negrito!

—¡Qué esperanza! Además, los negros aprendieron a hacer tambores con madera y con calabazas. ¡Y hasta con la piel del pez espada!

—¿De veras? Mi mamá no sabe hacer tambores con la piel del pez espada . . .

—Bueno. Te diré que los negros hicieron el tambor para rezar a Dios, para bailar alrededor del fuego y para cruzar la selva . . .

—¡Yo voy a hacer lo mismo!

—Después, la gente que pasaba por Africa y vio los tambores, los llevó a otras partes. Y así en la China los hicieron de bambú y de papeles pintados. En Asia le añadieron piedras preciosas. En Europa los hicieron con piel de oveja. Pronto no hubo pueblo del mundo que al querer rezar, bailar, o reunir gente, no recurriese al tambor.

—Entonces, cuando Colón llegó a América, ¿trajo también muchos tambores?

—¡Rataplán! —dijo de pronto otra vocecita y Lilín, sorprendidísima, vio que el Negrito se había convertido en un indiecito. Llevaba una manta de colores, un tambor pintarrajeado y hermosísimas plumas en la cabeza.

—Y tú, ¿de dónde sales? —preguntó Lilín—. ¡Esto parece un reportaje de televisión!

—¡Yo estaba en América mucho antes de que llegara Colón! ¡Soy el tambor indio! Nací en toda América para saludar el Sol, para animar a los guerreros y alegrar las fogatas.

—Entonces, ¡inventaste muchas cosas duendecito!

—¡Yo no! Yo sólo estaba presente cuando los indios inventaron las procesiones, el carnaval, la danza . . . ¡y la música!

—Para la música, los hombres inventaron muchos otros instrumentos, ¡tamborcito viejo!

—¡Ah, sí! Eso me puso muy contento. Mis primeros hermanitos fueron el pífano y la

flauta, hechos con cañas. En seguida nos pusieron juntos.

—¿Y se peleaban como perro y gato?

—A veces, sí. Pero por culpa de quienes no saben tocar. A los tambores nos encanta estar junto a los otros instrumentos. ¡Rataplán!

Y ahí nomás el duende comenzó a girar alrededor del tambor de Lilín. A cada vuelta

cambiaba de ropa y de tambor. Lo hacía tan rápidamente que parecía un personaje de dibujos animados en colores. Era tan maravilloso que Lilín se quedó muda. De pronto lo vio aparecer con la cabeza cubierta por una máscara y con cuernos.

—¡No te asustes! —dijo la mascarita cuyo tambor lucía la forma de máscara—. Soy el tambor de los Incas, los reyes del Perú—. Y rataplán, desapareció. En su lugar, llegó un mexicanito con enorme sombrero y el tambor sucio de tierra.

—No te sorprendas —dijo éste—. En México, antes de las fiestas y de las procesiones, enterramos el tambor por unos días para recordar que los duendes nacemos de la tierra.

—¡Rataplán! —y de golpe apareció un brasileñito. Su tambor tocaba distinto porque adentro tenía semillitas—. En Brasil —dijo— no hay carnaval sin murga y sin tambor. ¡Rataplán!

Lilín quiso ver el Carnaval de Río, en cambio apareció un chiquilín montado en una llama y tocando un carnavalito. Llevaba poncho y un bombo requete chico.

—¡Tú eres argentino! —gritó Lilín con entusiasmo—. Eres de Jujuy. ¡Quédate!—. Pero el duendecito no dejaba de transformarse. Aparecía hecho un tamborilero, un pescador, un soldado, un payaso..., hasta que Lilín, mareada, dijo: —¿No sería mejor que no te transformaras a cada rato? ¡Así no puedo grabar ningún reportaje!

—¡Rataplán! —dijo el duende convertido ahora en músico de ferias: —Quiero que comprendas que el tambor, como los juguetes y los títeres, apareció siempre y en todo el mundo para dar alegría y valor. Yo fui el primero en animar los espectáculos que se daban en las plazas. Yo hice girar las calesitas cuando eran tiradas por caballos. Yo

acompañé el circo por todo el mundo. Y yo formé las primeras bandas. ¡Rataplán!

—A mí me gusta el tambor en los desfiles militares —dijo Lilín al verlo convertido en soldado.

—¡Claro! Yo estuve en todas las guerras —dijo el duende—. Y muchas veces el soldadito-tambor fue el héroe de la batalla—. Y, rataplán, apareció de gaucho, tocando en un conjunto folklórico. Y rataplán apareció como músico de una banda llevando un tambor más grande que él. Y dijo:

—¡Oh! Si supieras todo lo que lloré cuando los grandes músicos nos excluyeron a mí y a mis hermanitos, los instrumentos de percusión, de las grandes orquestas. Ibamos a los teatros y nos cerraban las puertas en las narices y nos gritaban: ¡Vayan al Africa! ¡Vayan al circo!

—¡Qué barbaridad! ¡A mí no me hacen eso!

—Entonces, fuimos a refugiarnos en la selva, en los cerros, en los circos... O entre los juguetes de los chicos. Pero, entonces, los hermanitos platillos, triángulos, panderetas y castañuelas, al vernos tan tristes, dejaron de tocar. Y las campanas también. Y sucedió algo muy grave. Las calesitas se pararon. Los pájaros y los grillos no cantaron más. Los bichitos de luz se quedaron a oscu-

ras. Los chicos dejaron de jugar. Los payasos hacían llorar. Los soldados desfilaban al revés. Los relojes hicieron huelga. Las bocinas de los coches rebuznaban. Los trenes se creían aviones. El tránsito era un desastre. Y en las grandes orquestas los otros instrumentos, obligados a tocar sin nosotros, se equivocaban de tono. Los violines bostezaban; los pianos estornudaban y las trompetas tosían. A las cantantes les salían puras gárgaras. Y a las bailarinas se les enredaban tanto los pies que debían ir a desenredárselos.

—No me digas! Yo también me enredo cuando bailo con el oso. ¿Y qué pasó después?

—Nadie sabía qué hacer: ¡los tambores habían desaparecido! Los compositores estaban desesperados. Pero un día, un chico que tocaba en una gran orquesta, llevó hasta allí su tambor y, de repente, ¡Rataplán!, empezó a tocarlo y despertó a todo el mundo, como por sortilegio. Los músicos comprendieron que no podían dejar afuera el tambor. Había que buscarlo y darle su lugar. Entonces, todos los instrumentos, hasta los más orgullosos, se pusieron en marcha en busca de los tambores: el piano, el arpa, los violonchelos. las flautas, los clarinetes . . . Todos caminaron hacia el tambor y cada uno, con su propia voz, le dijo: "¡Vamos, hermanos! ¡Somos una sola familia! ¡Vayamos todos juntos a formar la Orquesta Sinfónica!" Entonces, todos juntos, en tren, en ómnibus, en carreta o en bicicleta, llegamos a los grandes teatros y formamos las mejores orquestas.

—¡Muy bien! ¡Rataplán! —gritó Lilín.

—Y si algún día vienes al Teatro Colón —dijo el duende músico—, yo estaré en la Orquesta Sinfónica. Me verás con traje de gala y te saludaré con tres golpes: ¡Rataplán! ¡Plan! ¡Plan! —Al decir eso, el duendecito que con su traje negro de cola parecía un pingüino, comenzó a correr alrededor del tambor de Lilín, hasta que se metió otra vez adentro y Lilín no lo vio nunca más. Nunca, nunca, nunca.

EL BARRILETE: PRIMER PLATO VOLADOR

Un domingo de verano Lilín se fue a la playa y vio un festival en pleno cielo. Chicos chicos y hombres grandes remontaban en el aire hermosos barriletes que parecían estrellas, discos, aviones o platos voladores. Todos lucían colores brillantes y unas colas larguísimas adornadas con flecos y cintas. Algunos semejaban pájaros enormes. Otros lucían formas de peces y otros parecían murciélagos. Lilín quedó deslumbrada y dijo:

—¡Esto parece un Festival de Ovnis!

Y en seguida quiso que el papá le comprara un barrilete también a ella. Así fue. Pero, cuando Lilín quiso remontarlo, los hilos se le enredaron tanto que el barrilete cayó al suelo destrozado.

—¿Por qué no harán barriletes mecánicos? —protestó ella, y con trompa.

Al día siguiente, en su casa, Lilín se armó de varios kilos de papel de color, muchos ovillos de piolín, varias tijeras y un tachito de cola. Y se dispuso a hacer un barrilete, como lo había visto hacer a otros chicos. Pero, ¡hacer un barrilete resultó todavía más difícil que remontarlo! Además, el gato quería jugar con los ovillos y Lilín, impaciente, desparramó tanto papel e hizo tal lío que, finalmente, entre ella y el gato, acabaron por volcar el tacho de cola sobre el piso. Y la tortuga, que pasaba por ahí justo en ese momento, se embadurnó tanto que acabó con las patitas pegadas a la nariz del oso. Ante tantas calamidades, Lilín volvió a protestar:

—¿Por qué los japoneses cuando inventaron los barriletes, no los inventaron mecánicos?

Fue entonces cuando oyó unos extrañísimos chillidos de protesta. Alguien decía:

—¡Feng, cheng, chino! ¡Feng, cheng, chino! ¡Chin shing chino!

Lilín miró por todas partes y se dio cuenta que la vocecita salía de su colección de estampillas chinas pegadas en el álbum. En las estampillas figuraban esas casitas chinas con los techos en punta y hacia arriba, llamadas pagodas. Y árboles floridos. Y ríos con puentecitos, con barcos y muchos faroles. Y damitas de sombrilla y abanico, con unos peinados altos llenos de alfileres. Y señores de bigotes, con túnicas largas, todas bordadas y el pelo que terminaba en una colita. Y chicos con esos gorritos como hongos que remontaban en el cielo unos barriletes larguísimos, hechos en forma de peces.

De pronto, el álbum se abrió de par en par y de una de las estampillas se levantó un señor, ¡un mandarín! El mandarín se sacudió el largo kimono de seda, arrugado de tanto estar adherido a las páginas del álbum, se atuzó los aplastados bigotes, hizo una reverencia y dijo:

—Flor de Durazno: el feng cheng es un

invento chino. Lo afirmo como chin chin chino, o doctor en leyes. ¡Y chino!

—¡Sensacional! —gritó Lilín poniendo inmediatamente en marcha su grabador azul y alcanzándole al personaje el gorrito chino que había quedado pegado al álbum. Ella también hizo un reverencia muy china y dijo:

—¡Usted es el Mandarín Maravilloso! ¡Muchísimo gusto! ¡Yo soy Lin Lin, chin chin, argentinín! Y le voy a hacer un reportaje.

Quiero saber porqué los chinos no inventaron barriletes japoneses. Además, ¿qué quiere decir "feng cheng"?

—"Feng cheng", en chino, quiere decir "barrilete", porque el barrilete nació en la China. Fue el primer plato volador.

—Pero, ¡no tiene motor a pila, como los juguetes japoneses!

—¡Tiene belleza, Flor de Ciruelo! Y se inventó para que los niños celebraran la Fiesta de la Estrella Tejedora, que es un hada bellísima. Vive en una estrella y de día teje esa tela maravillosa que se ve por las noches: la Vía Láctea. Con los barriletes, los niños chinos mandaban sus mensajes de salutación a la Luna y al Hada y a las otras estrellas.

—¡Qué lindo! Ahora a la Luna van los astronautas. ¡Pero no van en barriletes!

—Hace miles de años, cuando la China era la reina de las naciones, el barrilete fue el primer avión y el primer correo aéreo.

—¿Correo? ¿Y cómo metían los barriletes en el buzón? Era . . . ¿un barriletón?

—¡No había buzones! El barrilete fue la primera forma de comunicación vía aérea. Y también el primer teléfono del Mandarín.

—¿Y de la mandarina no, pobrecita? ¿Y cómo hacían sin teléfono?

—Las personas que vivían distantes entre ellas se transmitían noticias por medio de un alfabeto en clave, o sea secreto, que sólo conocían algunos y que se daba por la forma y el color de los globos o de los barriletes. Los campesinos, en cambio, hacían remontar el barrilete para medir la dirección del viento y de la humedad. Era su barómetro para saber si llovería, si haría frío o haría calor.

—¡Mi mamá no usa el barrilete para eso! Es más práctico escuchar el boletín meteorológico. ¿No le parece?

—¡Yo te hablo de hace miles de años! ¡Era el comienzo de las invenciones!

—Mi papá no había nacido, entonces, porque nunca me dijo nada de esas modas. Pero yo sé que en la China se inventaron los fuegos artificiales, los títeres, la calesita . . . y los farolitos, porque me lo dijo mi tía.

—Y se inventaron también los abanicos, las sombrillas y los barriletes. Se hacían con seda, con papel y con bambú. Además, los niños acostumbraban a escribir sobre los barriletes sus poemas. Lo hacían con pincel y tinta china.

—Entonces —dijo Lilín— si los chinos in-

ventaron todas las cosas que les gustan a los chicos, ¡inventaron también los chicos! ¿O es que los chinos inventan esas cosas porque no crecen y siempre quedan como niños?

—¡Tienes razón, Flor de Cerezo! —reflexionó el Mandarín Maravilloso—, los chinos se enamoran de las cosas lindas, como los niños. Por eso hicieron los farolitos, los globos y los barriletes más lindos del mundo. Pero de ese modo, también podían enviar mensajes, como con los fuegos artificiales. Antiguamente, los barriletes eran tan grandes que podían transportar hasta un hombre.

—¿Y levantaban al hombre agarrándolo de la colita o de los bigotes?

—Lo ocultaban dentro del barrilete y lo remontaban. Así el hombre caía sobre el campo de los enemigos como un paracaidista.

—¡Ah! ¡Por vía satélite y con radio transmisora! ¡Yo lo vi por televisión!

—Pero, ¡mi Flor de Almendro! ¡Hace ya cuatro mil años de eso! No había ni radio, ni vía satélite, ni trenes.

—¡Ah! ¡Ya sé! Entonces, ¡los chinos inventaron las palomas mensajeras!

—El correo de los chinos eran los barriletes. Parecían carpas que abandonaban los ríos para remontar el cielo.

—¿Carpas, como las carpas de las playas? ¿Cómo pueden subir al cielo las carpas? ¿Y si una está adentro?

—Se llama carpa a un pez muy valiente, de agua dulce y que vive muchísimos años.

—¿Por qué le echan azúcar en el agua?

—Se llaman dulces las aguas de los ríos porque no son saladas como las del mar. En China hay muchos ríos. En ellos vive la carpa, un pez largo, ágil y plateado que en primavera remonta los ríos hasta llegar a las fuentes, allí donde nacen las aguas. Allí deposita los huevos para que allí nazcan sus hijos. Por eso nadan siempre hacia arriba, saltan

sobre piedras, enfrentan las cascadas y muchos otros peligros. Cuentan los cuentos que, antiguamente, en las cascadas había dragones que no dejaban pasar las carpas. Pero ¡ellas los enfrentaban y los vencían! Y los niños hoy hacen sus barriletes en formas de carpas para ser valientes. Y otros los hacen en forma de dragones.

—¿Para ser dragones? ¿Dragones de siete cabezas con lenguas que echan fuego?

—En realidad, los barriletes que los chinitos remontan hacia el cielo, sí, parecen dragones echando lenguas de fuego. Y otros parecen escuadrillas de ovnis. Pero son muy difíciles de hacer y también de manejar. Hay que tener mucha paciencia.

—¡Y yo no tengo paciencia china!

—¡Ah! ¡Flor de Naranjo! Si vieras el Festival de las Estrellas, ¡te encantaría aprender ese arte! Se celebra en primavera, cuando soplan vientos muy fuertes. Para esa fiesta, el cielo se convierte en un escenario fantástico, poblado de seres fabulosos: pájaros con bellísimas alas; payasos y títeres que mueven brazos y piernas; hadas con trajes brillantes; princesas, brujas, dragones, estrellas, pulpos . . . y peces larguísimos que inflados por el viento se balancean en el aire como si volaran. Algunos están adornados con tiras de papel en las que los niños escribieron sus poemas o realizaron pinturas. Pero lo más interesante es la riña de barriletes.

—¿Los barriletes riñen como los gallos? ¿Y quién gana? ¿El dragón que echa fuego o la carpa que echa huevos en el aire?

—Mi Luna Creciente: ¡la riña se hace entre dos niños! Cada uno trata de cortar los hilos del barrilete del otro. Gana el que consigue llegar más alto. Pero ese día hay miles y miles de barriletes. Las casas y las calles lucen globos, esteras con pinturas y farolitos de colores . . . Y los barriletes vuelan sobre los campos y las ciudades. Muchos niños suben en esos barquitos pequeños como canastos que se balancean en los ríos y, desde allí, al son de flautas y tambores, remontan sus barriletes luminosos. Y todos llevan linternas o farolitos de modo que esa noche el cielo, cruzado por fuegos artificiales, parece un camino de luces tejido por el Hada Tejedora de Estrellas.

—Señor Mandarín Maravilloso —rogó Lilín—, ¿yo podría ir en barrilete a la China de hace muchos, muchísimos años?

—Depende del tiempo. Vamos a probar . . . —dijo el Mandarín abriendo la ventana—. Pero un golpe de viento echó al suelo al Mandarín chino y Lilín lo vio ponerse delgado, delgadito como una lámina, hasta convertirse nuevamente en la figurita de la estampilla china y entrar en el álbum. Pero el reportaje supersónico ya estaba grabado.

LAS DOCTORAS DEL OCEANO

Lilín-Sin-Patio se fue a la costanera a pescar con su papá y quiso llevarse el grabador azul. Cada vez que se acerca al mar o al río, espera encontrar algún buzo y hacerle un reportaje. Mientras su papá pescaba, Lilín se alejó caminando por la orilla. Y pensaba: "¡Ojalá aparezca un hombre-rana! O por lo menos, ¡una mujer-rana!"

De pronto, vio aproximarse nadando hacia ella, a una hermosa muchacha de pelo larguísimo. Era la Sirenita, esa niña con cola de pez que desde el día en que fue inventada por un mago llamado Andersen, recorre los mares del mundo.

—¡Hola, Sirenita! —la saludó Lilín que la reconoció de inmediato—. ¿Qué haces por aquí? ¡Qué suerte encontrarte! ¡Te voy a hacer un reportaje supersónico!

—Bueno, terráquea —dijo la Sirenita.

—Dime. ¿Subiste a la superficie del mar para ver si hay algún barco con un príncipe adentro que va a naufragar?

—No. Me acerqué a la orilla sólo para saludarte —respondió la Sirenita muy atenta—. Pero es cierto: ¡siempre ando en busca del barco con mi príncipe!

—¡Vas a perder el tiempo, Sirenita! —la previno Lilín—. Ahora, los príncipes y todos esos personajes de los cuentos, ¡ya no existen! Sólo hay astronautas y cantantes de televisión.

—Los príncipes siguen existiendo —afirmó la Sirenita—. ¡Basta saber reconocerlos!

—¡A mí no me gustan! —declaró Lilín—. ¡Porque no saben que ahora se puede viajar a la Luna en cohete! ¡Todavía creen en los zapallos que se convierten en coches! A mí me gustan los hombres-ranas. Pero, ¡ellos no naufragan nunca!

—¡Oh, los buzos! —suspiró la Sirenita—. ¡A mí también me encantan! ¡Son los nuevos príncipes del mar! Siempre que los veo, me acerco.

—¡Ah! ¡Pero ellos no se desmayan como tu príncipe! ¡Así no puedes llevarlos a la playa y salvarlos como hiciste con tu príncipe cuando se hundió el barco!

—¿Por qué no? Si me necesitan, ¡corro a ayudarlos! —afirmó la Sirenita—. ¡Son tan atentos conmigo los buzos!

—¿Y qué te dicen? ¿Que te van a regalar un vestido lindo y de cola larga?

—¡Ya no dicen eso! Me explican qué hacen en el fondo del mar, qué buscan . . .

—¡Ya sé! Matan tiburones, cazan delfines y juntan algas y piedritas.

—¡No hacen sólo eso! Estudian también las aguas y los remolinos. Miden las profundidades y tratan de localizar los aviones que cayeron al mar y los buques hundidos hace miles de años por los piratas. O los que naufragaron. ¡Y vieras qué alegría cuando

encuentran tesoros antiguos: monedas, armas, alhajas, collares, cofres y vasos preciosos!

—¿Y te los muestran?

—No. Pero yo sé que encontraron tesoros hasta del tiempo de los romanos. ¡Y de los faraones de Egipto!

—A los romanos de Roma yo los conozco —aseguró Lilín—, pero los faraones, ¡nunca los vi en Buenos Aires! Y dime: ¿qué hacen esos tesoros en el fondo del mar? ¿Los tienen guardados ustedes para jugar?

—A nosotras nos gusta mucho. Pero, ya te dije: pertenecieron a los barcos hundidos hace siglos y los hombres-ranas tratan de recuperarlos. A veces, para romper los cascos de las naves hundidas, provocan grandes explosiones y los peces salen disparando. ¡Y no te cuento el susto de nosotras!

—¡Ah, pero ustedes, pueden tocar sirena! ¡Y menos mal que los peces son mudos! ¡Si no cuántas malas palabras les dirían! ¿No? ¿Y no te regalan nada, ningún tesoro?

—No, porque todo lo que extraen de las naves hundidas, son cosas muy valiosas para la historia. Además, los buzos extraen también esponjas, algas marinas . . .

—¿Esponjas? ¿Y por qué no las compran en las farmacias? ¡Así no se pescarían una gripe! Sería más práctico, ¿no?

—No sé. Pero sé que muchos buzos llegan hasta los arrecifes para extraer corales.

—¿Corales de coral rosa?

—¡Corales bellísimos! Además, en Japón, las mujeres-ranas se zambullen en el océano para extraer las perlas de las ostras.

—¿¿Perlas?? ¡Cuando yo sea mujer-rana, lo primero que voy a hacer es pescar un collar de perlas con aros y todo!

—Eso me parece difícil. Pero lo interesante para mí, es ver ¡el trabajo que hacen hoy día los buzos en el mar! Colocan cables, construyen diques y levantan torrecillas que parecen castillos de hadas. Torrecillas llenas de aparatos raros. Ellos se instalan frente a un tablero repleto de botones, de luces y de

teléfonos y, desde allí, dirigen toda una ciudad de túneles submarinos, de grúas y de muelles que ¡nuestro mar parece otro mundo!

—Pero, ¡no es una invasión de marcianos!

—¡Te voy a contar lo que vi hace poco en las Islas Vírgenes! ¡Algo extraordinario! ¡Cin-

co princesas bajaron al océano y se quedaron allí durante dos semanas!

—¿Nadando como sirenas?

—No. Encerradas en una enorme bola de cristal: una casa acuática.

—Pero, ¡Sirenita! —dijo Lilín riendo—. ¿No leíste los diarios? Claro, en el mar, ¡los diarios se mojarían! ¡No eran princesas! Eran "doctoras" en . . . ¡en océano! Y fueron a vivir en el fondo del mar, encerradas en una cápsula, pero no era para vacunar a las sirenitas, sino para sacar fotos del océano.

—¡Cosas de terráqueas! —dijo la Sirenita—. ¡Cinco princesas-ranas explorando el fondo marino, que es nuestro reino! Pero, ¡se quedaron enamoradas!

—¿De quién? ¡En el mar no hay sirenos! ¿Y no tuvieron miedo de los tiburones?

—No. Fueron muy valientes.

—¡Porque llevaban rifles acuáticos! Y cuando se iban a bañar, ¿no tenían miedo de zambullirse en esa agua tan fría? Porque, abajo el agua es más fría, ¿no es cierto?

—Sí, es más fría. Pero, las princesas-ranas se zambullían en aguas tibias, porque sabían localizar las corrientes templadas. Eran unas princesas rarísimas, cubiertas por una malla, como si fueran bailarinas. Pero no tenían cola de pez, sino unos largos zapatones de rana. Llevaban cascos y, en lugar de los ojos, tenían un lente solo y enorme.

—¡Sirenita! ¡Ese es el traje de las acuanautas! —rio Lilín—. ¿Y no presentaron ningún ballet acuático para las sirenas?

—No. Se ve que les daría vergüenza actuar ante nosotras, que somos maestras. Además, llevaban unos instrumentos muy extraños. ¡Esa bola mágica era fantástica!

—¡No era una bola mágica, sino el laboratorio-submarino de las mujeres-ranas! Es como . . . ¡una nave espacial acuática!

—¡Qué maravilla! —suspiró la niña-pez—. Todas las Sirenas fuimos a espiarlas y a admirarlas. Y así supimos que se llamaban Sylvia, Renata, Ana, Alina y Margaret. ¡Todos nombres de princesas reales!

—¡Y dale con princesas! ¡Eran ingenieras en electricidad y doctoras en océano!

—Pero, ¡hicieron cosas de hadas! —afirmó la Sirenita—. Desde su cápsula hablaban por teléfono, encendían y apagaban luces, sacaban fotos, filmaban películas y ¡examinaban las bellezas de nuestro reino como si fueran a establecerse en el fondo del mar para siempre! ¡Las Sirenitas no tendremos donde ir a vivir! Ellas decían: "Aquí estamos en casa". ¡Como si el mar fuera de ustedes!

—Bueno —le dijo Lilín para consolarla—, si la Luna es nuestra, ¡el mar no puede ser de los marcianos! ¿No? Pero, ¡ellas no te hicieron daño! ¿Verdad? Además, no te regalaron nada porque, a lo mejor, no te vieron: Si no, te hubiesen invitado a tomar el té con masitas. O con carnadas, no sé. Y ellas, ¿qué comían? ¿Pescado al horno o sopa de pescado?

—Comían cosas rarísimas guardadas en frascos y bolsitas.

—¡Ah! ¡Como los astronautas! ¡Porque las acuanautas, son primas de los astronautas! Y dime: ¿no pescaron pescaditos de colores y tortuguitas acuáticas para la pecera?

—Eso no. Tendían cables . . . Medían, anotaban . . .

—Y cuando tenían que dormir, ¿dónde se acostaban, si en la cápsula acuática no había camas? ¿Y cómo hacían para ponerse el pijama? ¿Se sacaban la escafandra? ¿Y será cierto

que una de las doctoras del océano, tiene un nene bien nene y no un oceanito?

—Yo no lo ví.

—Claro, no lo llevó a la cápsula porque el nene se podía resfriar. Tampoco mi papá me lleva a mí al sótano. Esa mujer-rana tiene 23 años. No es muy vieja, ¿no es cierto?

—¡Yo tengo miles de años y soy joven! —dijo la niña-Sirena.

—Yo también cuando sea mujer-rana voy a bajar al fondo del mar. Pero, ¡donde hay aguas tibiecitas! Después, voy a vivir en una casa cápsula acuática, pero ¡con pecera y cortinitas! Y voy a llevar también a mi papá y a mi mamá. ¡Y voy a hacer un patio acuático porque no voy a dejar al gato afuera! ¡Ni el oso, pobrecito! Y las tortuguitas tampoco así pasan unas lindas vacaciones jugando con las tortuguitas acuáticas.

—Pero, ¡ustedes invadirán nuestro reino!

—Pero . . . ¿no ves que estamos en el mismo planeta? ¡No somos marcianos! Además, te invitaré a todas mis fiestas de cumpleaños, con helados y todo. Y te voy a regalar mi colección de postales y de diapositivas para que conozcas el mundo. Y tú me vas a presentar a la reina de las Sirenas. Y cuando volvamos a la superficie, te llevaré conmigo y te presentaré algún príncipe cantante, o jugador de fútbol, para que te cases con él. Pero, ¡no vas a ir a la playa toda desnuda, como en tu cuento, eh! Yo te regalaré una bikini. O . . . ¡mejor un traje de buza! ¡Así nadie se dará cuenta de que tienes cola de paja!

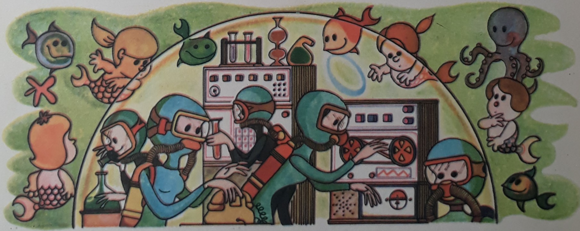
—¿Cómo cola de paja? ¿¿¿Yo???

—No. Digo . . . ¡cola de pez! ¡De pez vivito y coleando! ¿Por qué no me muestras un poquito la cola? ¡Mueve la puntita!

—¡Me da vergüenza! —se ruborizó la Sirenita—. ¡Además, yo no puedo vivir fuera del agua!

—Podríamos inventar un traje de . . . ¡mujer-nauta con los tubos llenos de oxígeno para que respires aire de agua de mar!

—¡Oh, no, no! ¡Please! —dijo la Sirenita, asustada—. ¡Prefiero volver al fondo del mar! ¡Adiós, adiós! —y desapareció con un coletazo tan rápido que salpicó de agua la cara de Lilín y el grabador azul.



CUANDO PAPA NOEL ERA UN CHICO

Para las fiestas de fin de año, Lilín le pidió regalos al papá a la mamá, a la tía, a los reyes magos, a Santa Claus y al árbol de Navidad. A Papá Noel le escribió una carta llena de dibujos que decía: "Querido Papá Noel. Tráeme muchos regalos, muchos, muchísimos. Y un patio. ¡Ah! Y una foca. Y un cocodrilo para mi papá. Besos a los renos. Besos, Lilín"

Llegó Nochebuena. El pesebre y el árbol de Navidad estaban listos, pero Lilín debía ir a dormir hasta la hora en que llegara Papá Noel.

—¡Yo no puedo acostarme! —explicó Lilín—. Tengo que hacerle el reportaje a Papá Noel. ¿En qué idioma hablará? ¿En inglés?

—Habla el idioma de los niños —dijo la mamá—, pero ahora tienes que ir a dormir, de lo contrario Papá Noel no pasará por aquí.

—Bueno —aceptó Lilín—. Pero cuando él llegue, ¡despiértenme!

Y se acostó. En seguida la casa quedó en silencio. Pero Lilín cerró un solo ojo. Con el otro, comenzó a espiar. Pensó que el avión en el que viajaba Papá Noel ya habría llegado. Pero la puerta de calle estaba cerrada. Y tal vez Papá Noel no sabría apretar el botón del portero eléctrico . . .

De repente el oso pegó un salto y del susto se cayó de la cama. Lilín encendió la lámpara y vio que estaba entrando Papá Noel acompañado por un burro cargado de paquetes. Y los dos se sacudían la nieve de encima.

—¡Hola! ¡Muy buenas noches don Papá Noel! —saludó Lilín saltando de la cama—. ¡Qué alegría tenerlo por aquí! ¿Cómo hizo para hacer entrar el burrito en el ascensor? ¡Menos mal que el encargado estaría durmiendo! Si no, ¡no lo hubiese dejado entrar el burrito en el ascensor! Por miedo que le ensuciara el piso, con . . . ¡esas cosas! ¿no? ¿Y cómo yo no oí el portero eléctrico?

—Esos son los secretos de nuestra profesión —explicó Papá Noel sacudiéndose los blancos copos de nieve que abrillantaban su larguísima barba.

—¿Y cómo tiene tanta nieve en la barba? —rio Lilín sin animarse a tocársela—. ¿En qué vino? ¿En avión o en heladera?

—Vengo desde mi país natal, Francia. Allí hace mucho frío y cae nieve.

—¡Ya sé! Allí usted viaja en trineo tirado por ocho renos. ¿Y cómo llegó a Buenos Aires? ¿En trineo o vía satélite?

—No. En burro vía satélite.

—¿Me trajo los regalos?

—¡Cuántas preguntas, pequeña!

—¡Porque éste es un reportaje! Acérquese al grabador. Aquí. ¡No tenga miedo! Pero, ¿dónde están el trineo y los renos? ¿En la vereda o en el garaje?

—Yo no viajo en trineo como Santa Claus. Ando en burro. Soy el viejo Papá Noel, Papá Navidad, nacido en Francia. Tú me confundes porque usamos ropa parecida.

—¿Cómo? ¿Usted no es también Santa Claus? Entonces, ¿cómo usan la misma barba los dos? ¿Es postiza?

—Yo soy Papá Noel, el pastorcito cantor que nació en Francia y llevo barba porque soy tan anciano como San Nicolás o Santa Claus.

—¡Qué lío! ¡No entiendo nada! —dijo Lilín—. Pero, al final, señor Papá Noel o don Santa Claus, ¿me trajo los regalos? Y los Reyes Magos, ¿me van a traer regalos?

—¡Qué difíciles son los chicos de hoy! —reflexionó el viejecito sentándose en el borde de la cama.

—¡Por favor! ¡Haga sus manifestaciones ante el micrófono! —rogó Lilín acercando el micrófono a la barba del viejecito.

—Yo soy francés —declaró Papá Noel, con el micrófono invisible en la mano—. En cambio, San Nicolás nació en Italia. Era obispo de Bari y quería muchísimo a los niños y a los marinos.

—¿Y a los buzos no?

—¡No me interrumpas! Todas las nochebuenas, San Nicolás, montado en su burro, recorría las aldeas de Europa para llevar alegría a los niños. Y en Holanda, donde le regalaron un negrito para que lo ayudara en la distribución de regalos, tomó el nombre de Santa Claus. Con ese nombre, pasó a Inglaterra y de ahí a todo el mundo.

—¡Sí! ¡Ya sé! Viaja en un trineo con ocho renos y muchas campanillas.

—El trineo y los renos se los regalaron en sus viajes por Alemania y Rusia.

—Y usted, ¿por qué viaja en el burrito de San Nicolás o de Santa Claus?

—Este burrito me lo regalaron en Francia. Pero como todos venimos para traer alegría, nos ayudamos.

—Está bien. Pero, ¿qué regalos me trajo?

—¡Regalos! ¡Regalos! ¡Regalos! —se enojó Papá Noel soplándose la nariz con un enorme pañuelo colorado—. Vine para recordarte que el mejor regalo es el nacimiento del Niño Dios.

—Sí, bueno. Pero yo le pedí un patio con pileta. Y una foca y un . . .

—¡Hombre! ¿Un patio en un departamento tan chico?

—Sí, porque lo voy a colgar de la ventana como una terraza. Así puedo jugar con el oso, el gato, los canarios, la foca y . . . ¡con usted! Pero, ¿adónde están siquiera los ladrillos para levantar el patio?

—Vine volando por el espacio: era imposible traer un patio a cuestas.

—¿Y cómo hizo para traer el burrito tan cargado de paquetes?

—¡Son regalos para todos los niños!

—¡Yo también soy una niña! Pero, explíqueme: ¿cómo puede ser que usted esté aquí, en París, en Chascomús y en lo de Renata?

—¡Los misterios no se revelan!

—Pero, ¿es verdad que Santa Claus llega en avión y se pasea por la calle Florida?

—¿Y por qué no?

—Pero, ¿cómo entran el trineo y los ocho renos en el avión? ¿Y dónde se sientan los renos? ¿Y los pasajeros no se asustan al ver tantos cuernos? ¿O les envuelven los cuernos con algodón y celofán?

—Nosotros viajamos siempre en cohete, aunque vayamos en trineo, en burro o a caballo.

—¿Y cuando no se habían inventado las naves espaciales?

—Nosotros siempre utilizamos cohetes espaciales. ¿Recuerdas el coche en que Cenicienta fue al baile del Príncipe?

—¡Sí! ¡Era un zapallo llevado por cuatro ratones!

—¡No! ¡Era un coche espacial en forma de zapallo!

—Pero, ¿cómo se portan los renos y el burrito dentro de la cápsula? ¿Les hacen trajes de astronautas y flotan ellos también? ¿Y dónde está el cocodrilo que le pedí para hacerle un cinturón a mi papá?

Papá Noel se rascó la barba, muy calladito.

—¿Usted nunca se afeitó? —insistió Lilín—. ¿No usa crema de afeitar?

—Soy muy viejo para eso.

—¿Usted vino viejo de tanto andar el mundo llevando regalos?

—El alma no tiene edad.

—Yo sí tengo edad. Pero no llevo regalos por el mundo. ¡Así no me crece la barba! Y cuando usted era chico, ¿quién le hacía regalos de Navidad?

—¡Hermosa pregunta! —dijo Papá Noel encendiendo la pipa espacial mientras el burrito se sentaba sobre la alfombra—. Cuando yo era chico, nadie me hacía regalos. Vivía en una aldea de montaña. Era un pastorcito muy pobre. Pero había chicos más pobres que yo porque no estaban sanos y no tenían padres. Yo hubiese querido regalarles algo a ellos. Y también a mis padres y a mis hermanitos. Pero lo que más me dolía, era el no tener nada para ofrecerle al Niño Dios. Y una Nochebuena, ante el pesebre, le pedí a Él que me permitiese hacer algo para los demás. Y como no llevaba nada para festejar su nacimiento, comencé a cantarle una canción, una canción humilde, de pastorcito de villa. Entonces, advertí que el Niño Dios acababa de regalarme una voz hermosa. Desde esa vez, al llegar Navidad, recorría los pesebres, las casas y las calles para cantar las canciones nacidas en las villas, o villancicos. Y así, acompañado por otros pastorcitos, recorrí todas las aldeas de Francia cantando villancicos. La gente me hacía regalos y yo los distribuía a los niños. A mí me bastaba mi burrito. Era tan feliz haciendo eso, que cuando me di cuenta . . . ¡ya era viejo! Todos me llamaban Papá Noel y todavía hoy todos cantan mis canciones. ¡Así me convertí en villancico! Aparezco todas las navidades. Regalo alegría y desaparezco otra vez. Pero me apenan esos chicos que sólo piden cosas y más cosas, sin pensar que yo debo atender a los que no tienen nada.

—¡Claro! A los negritos, a los indiecitos,

a los niños de Biafra, a los chinitos . . . Pero, cuando va a esos países, ¿se pone ojos chinos y japoneses?

—Según. Yo trato de llegar a todos y como sea. Pero es difícil. Ya no tengo voz para cantar. Carraspeo. Y los regalos no alcanzan. Todos mandan cartas pidiendo la mar de cosas. Muy pocos se preocupan por los niños que no tienen a nadie, que sufren, que pasan hambre. Y eso me pone muy triste.

—Disculpe, don Papá Noel —dijo Lilín acariciándole la barba—. ¿Yo no podría aprender a ser una . . . Noelcita? ¿Por qué no me enseña? ¡Yo le regalo mis juguetes para algún niño que no reciba ningún regalo! Y por vía satélite les voy a transmitir a todos los chicos que hagan regalos en lugar de pedirlos. ¡Qué tanto pedir! Además, ¡yo también puedo regalar villancicos!

—¿Ves? —dijo Papá Noel enjugándose un lagrimón— ¡Ya eres una Noelcita! Esto es mi regalo para ti.

Lilín se puso tan contenta que besó a Papá Noel, el burrito, el oso y también el micrófono mojado de nieve.

—Entonces, ¡vamos a cantarle al Niño Dios! ¡Arriba un villancico!

Y así el reportaje supersónico terminó con la grabación extraordinaria de un villancico cantado por Papá Noel, Lilín-Sin-Patio y sin barba, y el oso. Y con algunos suaves rebuznos del burrito como fondo musical.

HASTA LA VUELTA, A OTRO PATIO...

En este libro no se puede poner la palabra "FIN", porque aquí no terminan los reportajes supersónicos de Lilín-Sin-Patio.

Desde que Lilín aprendió a manejar su grabador azul, se hizo amiga de personajes de verdad verdadera y de imaginería y su departamento se convirtió en un patio enorme, todo azul, con un zoológico, un circo y un canal de televisión adentro. Y una pileta con el mar y los barcos que se van lejos. Y el cielo cruzado por naves interplanetarias.

Ese aparato azul fue un regalo de reyes porque no se rompe ni se gasta. Y se puede llevar a cualquier parte y usar también cuando uno está con gripe, con rabieta o en penitencia. Además es sumergible, ultraterrestre y traduce al castellano los idiomas de cualquier bicho o personaje.

Con su grabador a cuestas, Lilín anda por el mundo a la caza de un buzo —o de un buzón— para hacerle un reportaje. Y se topará con un loro que viaje en cápsula submarina; con delfines acróbatas que le revelarán por qué son los espías del mar; les preguntará a las palomas mensajeras cómo hacen para orientarse si en el cielo no hay cables ni semáforos. Y preguntará por qué las ciervas no tienen cuernos y los ciervos sí. Y por qué el té y el gusano de seda nacieron en la China, si, total, el gusano de seda no toma té.

Lilín quisiera tener una filmadora para guardar también las figuras de los personajes entrevistados, porque tiene miedo de no volver a encontrarlos cuando sea mayor. Los mayores no tienen tiempo para charlas con los que cuentan su misterio. Así es como el patio que ni el papá, ni la mamá, ni la tía cuenta cuentos le pudieron regalar, se hizo espacial con sólo apretar un botón. Claro que hay que saber apretar a fondo el botón que lleva una "F", el que quiere decir "Fantasía".

Síganla. Lilín sale en busca de personajes asombrosos, los que están a la vista o los que juegan a las escondidas: bichos enormes como los elefantes, chiquitos como el camoatí, o raros como el quetzal. Y conocerá los inventos de cuando los hombres se entendían con los duendes, como los títeres, las calesitas o el reloj cu-cú. Charlará con personajes de carne y hueso, como los buzos, o de invención, como Tarzán, pero personajes que juegan bien y sin trampas en los juegos que se inventan en el patio de Lilín en los días de sol. Y en los días de lluvia también.

INDICE

¡ATENCION: LILIN LLAMANDO! 5
HABLAN LOS HOMBRES DE LA LUNA 7
LA HISTORIA DEL CHOCOLATE 12
EL MISTERIO DE LA SALMONCITA 16
EL CACIQUE DEL PALO BORRACHO 20
BUENAS NOCHES, TORTUGUITAS 24
EL DUENDE DEL TAMBOR 28
EL BARRILETE: PRIMER PLATO VOLADOR 33
LAS DOCTORAS DEL OCEANO 37
CUANDO PAPA NOEL ERA UN CHICO 41
HASTA LA VUELTA, A OTRO PATIO 45

Esta segunda edición de 12.000 ejemplares, se terminó de imprimir el 7 de noviembre de 1974, en los talleres gráficos de la Compañía Gral. Fabril Financiera S.A., Iriarte 2035, Buenos Aires

Es una edición SIGMAR